

Alianza Editorial

José Hierro



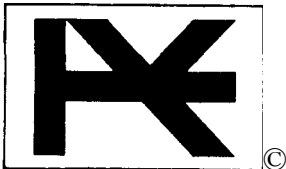
JOSÉ HIERRO

ANTOLOGÍA POÉTICA

Selección y prólogo de José Olivio Jiménez

José Hierro: Antología poética
Selección y prólogo de José Olivio Jiménez

El Libro de Bolsillo
Alianza Editorial
Madrid



© José Hierro
© de la selección y el prólogo- José Olivio Jiménez
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 1990
Calle Milán, 38; 28043 Madrid; teléf. 200 00 45
I.S.B.N.: 84-206-0473-9
Depósito legal: M 26.074-1990
Papel fabricado por Smace, S. A
Compuesto e impreso en Fernández Ciudad, S. L
Catalina Suárez, 19. 28007 Madrid
Printed in Spain

PROLOGO

Otra vez el tiempo (y la temporalidad) en José Hierro: ensayo de un mini-colquio crítico

El sentimiento y la conciencia del tiempo se alzan a centro de cohesión, o eje vertebrador, de toda la poesía de José Hierro. Por tal razón, desde esta perspectiva la abordaron los dos iniciales estudios extensos y comprensivos que de la misma se intentaron: el de Douglass M. Rogers y el de quien esto escribe¹. Después han venido numerosos exégetas y comentaristas de esa obra, los cuales han ido armando así un corpus crítico de notable volumen e interés. Todos estos críticos han coincidido en el enfoque raigalmente (pero no exclusivamente) temporalista que les ha guiado en sus interpretaciones y análisis. Sin embargo, y como por fuerza era de esperar, los que mayor detenimiento y especificidad le han concedido a esta temática temporal en la poesía de Hierro (Aurora de Albornoz, Dionisio Cañas, Susana Cavallo, Luce y Mercedes López Baralt, Pedro de la Peña, Rosario Rexach, Emilio de Torre...) no se han limitado a reproducir o parafrasear los juicios y planteamientos de aquellos dos estudios indicados. Por el contrario, han enriquecido el tratamiento valorativo de dicha temática con matizaciones, precisiones y ampliaciones de muy positiva utilidad. Y la suma de todas éstas hace que, aun para el responsable de uno de esos ensayos —yo en este caso, par no seguir eludiendo la primera persona—, y por supuesto para todos los que quieran alcanzar hoy una visión totalizadora de la poesía de José Hierro, las aportaciones de los autores citados resultan ya absolutamente indispensables.

Estas páginas introductorias han de ser, por razones editoriales, forzosamente breves, y además, como se consignó en nota, pretenderán librarse en lo posible de un carácter formalmente «erudito». Por ello deben recibirse como el múltiple diálogo — más bien, coloquio— que trato de establecer, desde el presente, con aquel texto mío de hace más de veinticinco años, la obra misma del poeta, y los estudios de los críticos

¹ 1 Dos notas sólo me permitiré en esta introducción, para no alterar el tono suelto y nada formal con que deseo ofrecerla a los lectores. Por ello, también, cuando reproduzca, literalmente o glosadas, valoraciones y formulaciones emitidas por otros críticos, me limito a consignar de éstos sus nombres o apellidos correspondientes; y remito a la Bibliografía crítica que se acompaña para una información completa. En ella se encontrará asimismo la documentación de algunos trabajos, anteriores a los dos señalados en el texto, que contribuyeron muy eficazmente a establecer el nombre y la estimación por la crítica de este poeta —especialmente los de Ricardo Gullón (1953), José Luís Cano (1953) y Marcelo Arroita-Jáuregui (1954).

mencionados. Todo ello, frente al lector y, espero, para su beneficio. Y también, y no sólo de paso, como reconocimiento a mis colegas de profesión que, con tanta inteligencia y sensibilidad, han contribuido al esclarecimiento de una de las obras poéticas mayores en el amplio período histórico-literario que en España siguió a la guerra civil.

A este respecto, se habrá observado que no nos valemos aquí del difuso término de posguerra. Y es que José Hierro —y resumo así su evolución de un modo extremadamente sintético— pudo ser, y lo fue, un poeta situable dentro de la común estética de la posguerra, pero sólo en sus entregas iniciales: *Tierra sin nosotros* (1947), *Alegría* (1947) y, aunque menos, en *Con las piedras, con el viento* (1950). Sin embargo, en el siguiente volumen, crucial dentro de su trayectoria, *Quinta del 42* (1952), donde todavía pueden encontrarse piezas muy «de posguerra», y con mayor diafanidad y voluntad en los que le sucedieron —*Cuanto sé de mí* (1957) y *Libro de las alucinaciones* (1964)— se reveló como un poeta ya decidido a desbrozar (lo que realmente logró) los caminos por los que aquella estética posbélica en su sentido más estricto —regida por un designio extremoso de realismo y comunicación— acabó por disolverse en concepciones y prácticas que significaron su rebasamiento y superación (y en una próxima nota se volverá sobre este punto). Reconocerlo así, de entrada, es un acto de justicia que debemos a la importancia histórica de un trabajo creador, el de Hierro, en continuo proceso de enriquecimiento artístico y densidad expresiva.

Pero retorno a aquello del coloquio, de intertextualidad crítica, que aquí se intentará. Leyendo esos estudios posteriores, me impongo una primera corrección, a mí mismo, y la cual afecta al aserto, hecho ya hace tantos años, de que «el sentimiento y la conciencia del tiempo» —palabras textuales de entonces con las que, otra vez, he iniciado este escrito de hoy— sean «el punto de partida y de llegada de toda la obra de Hierro» (como sostenía en 1964). Después de nuevas lecturas de esa obra, practicadas a partir de los señalamientos que iba encontrando en los estudios indicados, reduciría tan rotunda y global afirmación a postular que esa conciencia (de lo temporal) define sólo el punto de arranque en la urgencia que a la poesía llevó a José Hierro. El de arriba, bien que sin poder salirnos del ámbito del tiempo (pero sólo en su connotación más abarcadora, como se dirá) lo marcaría la aspiración a precisamente trascenderlo, al tiempo; pero empleando esta noción aquí, en su dimensión fáctica y angustiosa de temporalidad. El punto de llegada, escribiría ahora, sería exactamente esto: trascender la impronta agónica de lo temporal para orientar el espíritu hacia la búsqueda del «instante eterno» (Albornoz, Cavallo), la fusión y unidad del lado visible y claro de la realidad temporal con su trasfondo misterioso e invisible (Cañas), y «la ruptura jubilosa de los límites o fronteras del tiempo» (Luce López Baralt). Son modos matizadamente distintos de nombrar un mismo impulso ontológico y epistemológico de salvación: la necesidad, por el poeta, de «hallar una verdad que, en medio de esa fugacidad temporal, le diese refugio y sostén» (Rexach).

Parecería, por lo que se va sugiriendo, que la aparente (y textualmente real) contradicción que domina el lirismo de Hierro, con su secuela de ambigüedad —calidad inseparable de todo lirismo ahondador—, va contagiando mi propio discurso expositivo. Por una parte afirmo que «el punto de llegada» ya no puede definirse con el vocablo *tiempo*; y por otra, no puedo (ni pueden los autores nombrados) prescindir de ese preciso vocablo para aludir a la proyección última de esta poesía. La contradicción se

resolvería —sin anular del todo la fértil ambigüedad— si, donde yo (y los otros) hemos escrito *tiempo*, para referirnos al «punto de partida», borrásemos ahora, como en un palimpsesto, esa palabra, y la sustituyésemos por *temporalidad*. Ello comportaría el reservar con exclusividad la idea de tiempo, en su concepción ya más pura y absoluta o trascendente, para el de llegada: ese norte hacia el que desde un principio (pero con mayor vigor en su tramo último) ha apuntado siempre la poesía de Hierro.

La distinción puede que no sea aprobada desde un ángulo rigurosamente filosófico; aunque es de creer que no estamos muy lejos de la propuesta por Bergson entre *durée puré* (equiparable, en nuestra terminología, a *tiempo*) y *durée homogéne* (esto es, *temporalidad*: tiempo racionalizado y cuantitativizado). Y se hace necesaria una mayor nitidez, por nuestra parte, en estos distingos. Por temporalidad no habríamos de entender sino la máscara engañosa y fragmentada (pero la única con la que como humanos nos es dable contar) del tiempo real y verdadero: la sola forma con que éste, el tiempo (entidad que en su unidad nunca es visible, no más que presentible), se nos hace sensible al poder y tener que asociarlo inexorablemente con algo de lo que ya no nos cabe dudar: el espacio. La sola forma en que el tiempo se nos hace, diríamos (violentando un poco el lenguaje), visible, sufrible y, por consiguiente, poetizable con una carga emocional más contagiosa y angustiada.

La temporalidad sería, así, el tiempo refractado en las cosas, con su sino de finitud y muerte: el *yo* es una de esas cosas, la que más me atañe; y los *otros* (incluida también la otredad social) son las más inmediatas y solidarias concreciones de esa universal *cosidad* (De la Peña, De Torre). Dar nombre a las cosas, misión del poeta, será entonces, como el destino de aquello mismo que se designa o denomina, un *nombrar perecedero* (título de la pieza que abre el libro *Cuanto sé de mí*). Pero más que poner atención a ese destino, aunque sin olvidarlo, lo que al poeta importa es *nombrar*: dar corporeidad verbal, que es un modo de darles fijación, a los seres transitorios que le rodean y definen. Y pocas poesías, como la de Hierro, están de igual modo llenas de esa realidad, aunque fugaz, tan viva y palpitante de las cosas, tan *frutalmente* sentida (lo que ya así se nos dice en el poema primero, «Entonces», del primer libro del poeta).

Pero desde la conciencia de la fragmentación y condición mortal de toda forma de realidad, el espíritu anhela, ansia, la unidad y fijeza que precedió (¿y seguirá?) a esa fragmentación: lograr ese objetivo sería alzarse, por fin, al tiempo único y verdadero: el de unos míticos orígenes, el de un no menos mítico presente eternizado. Pero es ésta ya una dimensión que se escapa de la posibilidad a ser nombrada con una palabra clara y entregable. Puede ser sólo entrevista, *imaginada* o *recordada* (dirá el propio poeta), pero estas acciones serán ejercidas ya, por modo excluyente, con los ojos del espíritu. Se estaría entonces ante el misterio del tiempo único, del instante detenido y eterno, donde quedasen resueltos y fundidos aquellos fragmentados espacios temporales que, desde su terca irreductibilidad racional frustran todo empeño de darles unidad y sentido. Pero esto nos situaría al cabo en un ámbito sellado por el misterio, como se acaba de sugerir (y para una lectura, nos colocaría en un ámbito verbal sellado por la aparente irracionalidad, la aparente incoherencia). Y con el objeto de que quede bien explícito ese nervioso dualismo interior, el cual, desde esta poesía, pretendo calcar o trasvasar a mis ideaciones, cierro ahora este párrafo reproduciendo la misma configuración sintáctica con que concluía el anterior, sólo con una pequeña pero significativa

modificación: pocas poesías, como la de Hierro, de igual modo llenas de un misterio tan vivo y palpitante, tan *frutalmente* sentido.

Se hablaba antes de *realidad*; ahora, de *misterio*. Y para describir el modo cómo una y otro, son asumidos, mantenemos, sin embargo y contra lo esperable, la misma forma adverbial, *frutalmente* (que se ha dicho procede del autor). Y es que una de las riquezas y originalidades mayores en su técnica poética es el explorar la más escondida subjetividad, lo más misterioso y mágico a que sólo por la imaginación podemos acceder, con la misma palabra vibrante de prístina realidad con que nombraba «perecederamente» las cosas. Y he aquí una impresión digna de destacarse.

Porque en esos momentos «imaginativos», donde por el impulso visionario la voz poética parece «alucinar» más, es cuando se diría que el lenguaje se carga de una mayor realidad, y aun de realidad natural (tal vez en un grado de más jugosa poeticidad que en los pasajes «realistas» o reflexivos). Esto se ha visto certeramente; y también se ha notado su estrechísima vinculación con la dialéctica entre temporalidad y tiempo sobre la que nos vamos moviendo. Se ha señalado muy explícitamente cómo, en Hierro, «el mundo natural llega a ser una vitrina de lo absoluto, símbolo de lo infinito...»; y así, «el fundirse con la naturaleza, el llegar a la esencia de los elementos, el serlos, significaría una llegada a un orbe trascendente en que se perderían los límites de tiempo y espacio» (Douglass M. Rogers). Y también cómo «esta unión de hombre y cosmos crea un puente entre instante y eternidad, siendo sin tiempo los dos» (Rogers otra vez, y las itálicas aquí son nuestras). Sin tiempo: esto es, superados los límites (las limitaciones) temporales; y ganando así el tiempo único y real y verdadero. Y es entonces cuando estamos ante el climático «punto de llegada» de la afiebrada meditación lírico-imaginativa, existencial y trascendente, que esta obra al cabo nos entrega. Y nos situaríamos más cerca, entonces, de Juan Ramón Jiménez que de Antonio Machado, otro poeta al que también, y cuando se mueve en las esferas de la temporalidad, ha sido Hierro justamente aproximado (Mercedes López Baralt). Y habría que anotar igualmente una consecuencia expresiva de todo lo anterior: inmediatez de las cosas, de la realidad, tanto cuando el poeta «testimonia» su estar en la historia como cuando se abre, «alucinado», hacia el misterio: necesidad, por ello, de la categoría verbal que de modo más veloz nos comunica esa inmediatez —o sea, el nombre o sustantivo—. Y es así la de Hierro una poesía *sustantiva*, en la que «basta el nombre para llenar el poema. Sólo eso, el sustantivo por sí da materia poética al poeta» (Rexach).

Y resumo, de modo por ahora parcial, para poder seguir adelante y relacionar lo hasta aquí dicho con lo que mar ese vacío —Hierro lo ha repetido muchas veces en sus libros— es la espuela que incita al poeta a la palabra, su única forma de acción.

Y a esa sugestión sumariamente descrita —el pasado como no-ser, el instante como vacío— le acompaña, indefectiblemente, esta otra: aquello no escrito ni vivido, aquello que careció de realidad es, sin embargo y siempre, intuido (o vislumbrado retrospectivamente) en términos de *prodigio*. El ejercicio de la intratextualidad —la repetición necesaria de sí mismo—, a que como poeta es tan dado Hierro, le lleva a reiterar en varias ocasiones la sugerencia del prodigio con que recrea, por la imaginación, aquello que precisamente no fue. Aquí la operación imaginativa no adelanta un futuro: ve, y completa, el pasado. En dos versos de la pieza («Entonces») que abre su primer libro, se asiste a su temprana aparición: *Cuando se hallaba eu*

mundo a punto / de que el prodigio sucediese. Y saltando muchas reapariciones, en «Mundo de piedra», de *Libro de las alucinaciones*, se lee: *El prodigio / debía realizarse*, posiblemente la última de esas recurrencias.

Pero hay otro modo de realizar el prodigio. No invocándolo, no mencionando su posibilidad: *haciéndolo*, con la palabra, en el poema. Y aquí amplió aquella puntualización, a mí mismo, que antes anuncié, mas sin desarrollar allí. Era en el momento cuando recordaba haber escrito que a Hierro no le interesaba el tiempo por lo que es, sino por lo que *hace*. Hoy, al calor de este diálogo plural (de asentimiento) con los estudiosos de su poesía que me acompañan, me aprovecharía de sus lecciones para suscribir aquella anterior aseveración mía de muy distinta manera: a Hierro sí le interesa el tiempo por lo que es, ya que se ha visto a su poesía intuir siempre el misterio del tiempo en su esencia, traspuestos y vencidos los accidentes de la temporalidad. Pero también, y más: con la palabra, con las libertades mediante las cuales la imaginación poética rasga la cerrada trama del discurso lógico o «realista», en su línea visionaria, *hace* lo que el tiempo es o debería ser: «un salir de la cadena temporal y poseer [el poeta] su vida en el momento» (Cavallo), y al cabo «desplazarnos sin cuerpo por ámbitos mágicamente a salvo del tiempo y el espacio» (Luce López Baralt). Todos los complejísimos recursos estilísticos de su poesía «alucinada», ya muy inteligentemente descritos (Albornoz), sin, en suma, sus medios, sus modos de hacer, en el poema, lo que sólo en el tiempo absoluto nos liberaría al fin de la temporal precariedad y fragmentación.

Y traslademos estos planteos a un nivel existencial y gnoseológico. Arribaríamos a una conclusión más cercana a la problemática del vivir que cualquier merodeo cuasi-metafísico a que la cuestión es proclive. Es ésta: ante la dialéctica que entre sí trazan ambas instancias —la notarización de los disfraces de la temporalidad frente a la aspiración a la verdad, sólo conseguible en un tiempo salvado de la contingencia— no encontramos otra cosa que «el enmascaramiento y el descubrimiento de una identidad» (Cañas)².

De nuevo, en la última formulación entrecomillada, nos topamos frente al dualismo interpretativo y expositivo que la poesía de Hierro impone a todos sus lectores y comentaristas. Y es que esa poesía se resuelve, axial-mente, en términos de drama, lucha, conflictividad... Los matices de oposición de donde emana este dramatismo son innumerables en la obra de Hierro: fugacidad/eternidad, vacío/plenitud, fragmentación/totalidad, dispersión/unidad. Y contrarios son también sus respectivos correlatos emocionales (dolor/alegría) o simbólicos (sombra/luz). Todos, en el fondo, se asientan sobre una sola y misma dualidad: el deber ético de vivir frente a la proyección metafísica, el sueño del espíritu. De cualquier modo, la impecable precisión de los

² En frecuentes declaraciones, y en su obra misma, Hierro ha favorecido el entendimiento de la poesía como búsqueda del conocimiento por la palabra. En ello, el poeta sobrepasa la marca que distinguió a muchos compañeros suyos de generación —la voluntad de la poesía como mera práctica de la «comunicación», con sus previsibles efectos empobrecedores— y se alía a la promoción que cronológicamente le sigue: la que, desde Francisco Brines, Claudio Rodríguez, Carlos Sahagún y José Ángel Valente, como principales expositores del mismo, defendió el principio de la poesía ejercida como acto o método de conocimiento. Más allá van las antelaciones de Hierro: en toda la última zona de su trayectoria se asiste ya al despliegue de una serie de tensiones expresivas y críticas —visionarismo, permeabilidad irracional del lenguaje, y aun culturalismo y reflexión metapoética— que habrán de ser las señas más evidentes de la generación del 70 (o de los «novísimos»).

opuestos ha hecho, en suma, del contraste —más que de la contradicción— el resorte inevitable de este mundo poético y hasta, en muchos casos, de la estructuración poemática. Esas muy abundantes modalidades del contraste han sido parcialmente documentadas (Jiménez), y aquí sólo se alude a ello como otra pista para el lector de los textos que en esta selección se recogen. A lo largo de ellos, a su través, se seguirá un itinerario zigzagueante, dramático, y aun *superpuesto* en las direcciones o sentidos que con mayor relevancia exhiben su oposición (y ya se verá muy pronto por qué se destaca con cursivas o itálicas esta última calificación).

Y es que, guiado por las indicaciones del mismo autor, se ha hecho costumbre contemplar su trabajo poético como organizado en dos líneas o tendencias expresivas que por fuerza se ha tenido que ir adelantando. Y se las ha visto también como contrastantes: los *reportajes* frente a las *alucinaciones*. Quienes hemos escuchado a Hierro en sus presentaciones públicas (y no sólo hablando sobre su obra) podemos testimoniar la apreciable virtud de su estilo expositivo, en busca siempre de la mayor exactitud en sus formulaciones: su pulcro didactismo, en una palabra. Y esta virtud, que es afán de claridad, pero bien mirada implica también un gesto de caridad (nada extraño a su persona), le llevó un día a denominar así, *reportajes* y *alucinaciones* (tomando estas voces de títulos de sus poemas), a los que él veía como modos más representativos de su labor poética.

Para los primeros los *reportajes*—y aquí se glosa muy de cerca al poeta—, éste reserva un tratamiento más directo y aun seminarrativo del tema, y pareciera dar preferencia a una palabra más precisa y eficaz que voluntariamente «hermosa». Y ese lenguaje, nos advierte, si se salva de la prosa «ha de ser, principalmente, gracias al ritmo, oculto y sostenido, que pone emoción en unas palabras fríamente objetivas». (Y una apostilla imperiosa: nunca tan frías y objetivas esas palabras; Hierro es uno de los poetas más líricos de su tiempo, y no hay lirismo auténtico sin emoción y calidez. En lo del ritmo sí hay que estar de acuerdo; también es uno de nuestros poetas más secretamente —y no secretamente— musicales.)

Desde un principio, sin embargo, aunque cada vez más transitado en su obra última, se le abre el otro camino poético: el de las alucinaciones. En ellas se tiende a un cierto desdibujo del discurso «racional», y a una alteración de los planos temporespaciales de la realidad, a favor del nimbo emocional que de ésta se desprende. Y entonces —dirá Hierro— «todo aparece envuelto en niebla». Mantendrá, no obstante, su gusto por la palabra sencilla (por la palabra *frutal*, como se ha hecho notar), como igualmente mantendrá su disgusto por el hermetismo conceptual, pero de cualquier modo la expresión se torna más compleja, irracional, sugerente, misteriosa. Todo sigue brotando, no obstante, aunque ahora de una manera turbadora y ambigua, de aquella intuición raigal y mantenida: la voluntad de saltar sobre los límites de lo temporal y salvar el momento imposible, rescatarlo y hacerlo eterno: hacerlo *presente, ardiente, con la poesía* («Teoría y alucinación de Dublín»).

La distinción entre reportaje y alucinación puede ser siempre útil, pero sólo como método para un primer acercamiento a la obra en conjunto. No se hace, sin embargo, tan nítida cuando se opera sobre la materia textual de los mismos poemas. Porque, casi sistemáticamente es lo contrario a una neta distinción lo que ocurre. Y se verán así presuntos reportajes —y esto aun en su mismo poema titular: «Reportaje»— que se dejan invadir por ráfagas visionarias, y alucinaciones que no dejan nunca de

lanzar, y no sólo por vínculos emocionales, puentes hacia el fragmento de realidad de donde surgieron. Y se produce entonces la *superposición* que antes insinuaba: el sigzag impuesto por esas dos líneas (entiéndase mejor: modos expresivos) no se perfila sólo a lo largo de la cadena que *toda* la obra compone, sino, y con bastante frecuencia, en el cuerpo de *uno* de sus particulares eslabones —o, de otro modo, en un mismo poema.

Por modos perifrásticos y (necesariamente) oximorónicos, a esa sobreposición aluden rotulaciones como la de «reportaje alucinado» (Albornoz), o la de «testimonio de su alucinación» (López Baralt). Lo cierto es que «el hecho de que la intención final de cada poema quede más o menos a oscuras (...) no legitima el que nos sirvamos de una división excluyente entre reportajes y alucinaciones en la poesía de Hierro» (Cañas). Y así su mayor originalidad e intensidad habrá de encontrarse en el acordado entañamiento de ambos niveles referidos.

Y ello equivale a entregar al lector un «texto cerrado y abierto» (Cavallo) y dejarle como último responsable de resolver (¿resolver?) las contradicciones, de enderezar la zigzagueante trayectoria. Pero esto no es posible, pues implicaría un empeño sobrehumano: subsumir la temporalidad en el tiempo, la continuidad en el instante, el referente histórico en la fabulación mítica. Aun la poesía sólo puede nombrar ese empeño (... y lograrlo acaso en momentos fugaces). Mejor decirlo con los propios versos del poeta:

*¡Tanta luz, tan oscura pregunta! ¡Tan oscura y difícil palabra!
¡Tan confuso y difícil buscar, pretender comprender y aceptar
y parar lo que nunca se para!...*

Y esta queja, tan adensada de oscura impotencia, quedaba ya asentada, y muy tempranamente, en un poema «claro» («Alucinación») de un libro todavía «claro» (*Alegría*) Y, sin embargo, y no sólo desde su título, se vislumbraba, se anunciaba la necesidad de la otra dirección por la que ha discurrido esta poesía. De aquí a esa «crónica oscura de la exaltación, el fracaso y la muerte» (Cañas), en que al cabo se constituyen las alucinaciones no había más que un paso. O muchos pasos: toda la obra poética de José Hierro. Desde nuestra lectura, el último verso cobra ahora un prodigioso valor anticipatorio: y parar lo que nunca se para... O sea, la voluntad de detener la inexorable fluencia temporal y erguirse al tiempo, al instante detenido y eterno. Y reconocer, a la vez, su imposibilidad. Sueño del poeta, vigilia del hombre.

J O J.

Advertencia al lector: Hierro suele hacer que se impriman en letra cursiva aquellas piezas suyas que, dentro de sus respectivas colecciones, actúan como claves precisas hacia posiciones centrales de su mundo lírico o de su poética. En esta antología se respeta esa disposición tipográfica cuando se reproducen algunas de esas piezas.

BIBLIOGRAFÍA

Obra poética

- Tierra sin nosotros*, Santander, Proel, 1947.
Alegría, Madrid, Rialp, 1947.
Con las piedras, con el viento, Santander, Proel, 1950.
Quinta del 42, Madrid, Editora Nacional, 1953.
Estatuas yacentes, Santander (Colección «Clásicos de todos los años»), 1955.
Cuanto sé de mí, Madrid, Agora, 1957.
Poesías completas, 1944-1962, pról del autor, Madrid, Ediciones Giner, 1962.
Libro de las alucinaciones, Madrid, Editora Nacional, 1964; ed. crítica (Dionisio Cañas, ed.), Madrid, Cátedra, 1986.
Cuanto sé de mí (Poesías completas), Barcelona, Seix Barral, 1974.
Antología, selección y prólogo de Aurora de Albornoz, 2.^a ed. aumentada, Madrid, Visor, 1985.

Estudios críticos (Selección mínima)

- Albornoz, Aurora de: «Introducción» a *José Hierro* (Antología), Madrid, Júcar, 1982.
Aleixandre, Vicente: «Los contrastes de José Hierro», *Obras completas*, Vol. II, Madrid, Aguilar, 1978.
Arroita-Jáuregui, Marcelo: «La palabra humilde de José Hierro», *Cuadernos Hispanoamericanos*, núm. 53 (mayo 1954).
Cano, José Luís: «La poesía de José Hierro», *Ínsula*, 8, núm. 86 (febrero 1953).
Cañas, Dionisio: «José Hierro en búsqueda de su imagen perdida», Introducción a J. H., *Libro de las alucinaciones*, ed. D. Cañas (véase arriba).
Cavallo, Susana: *La poética de José Hierro*, Madrid, Taurus, 1987.
García de la Concha, Víctor: «Un poeta del tiempo histórico», *La poesía española de 1935 a 1975*, vol. II, Madrid, Cátedra, 1987.
Gullón, Ricardo: «Claridad y penetración de una poesía», *Cuadernos Hispanoamericanos*, núm. 39 (marzo 1953).
Jiménez, José Olivio: «La poesía de José Hierro» [1964], *Cinco poetas del tiempo*, 2.^a ed. aumentada, Madrid, Ínsula, 1972.

- López Baralt, Luce: «Poesía como exploración de los límites de la conciencia en José Hierro», *La Torre*, Nueva época, vol. III, núm. X, 1989.
- López Baralt, Mercedes: «Vigencia de Antonio Machado- La temporalidad en la poesía de José Hierro», *Revista de Estudios Hispánicos*, Puerto Rico, núm. 1-4, 1972.
- Mantero, Manuel: [J. H.], *Poetas españoles de posguerra*, Madrid, Espasa-Universidad, 1986.
- Palomo, María del Pilar: «Réquiem de José Hierro», *La poesía en el siglo XX (desde 1939)*, Madrid, Taurus, 1988.
- Peña, Pedro J. de la: *Individuo y colectividad- El caso de José Hierro*, Valencia, Universidad de Valencia, 1978.
- Rexach, Rosario: «La temporalidad en tres dimensiones poéticas-Unamuno, Guillen y José Hierro», *Cuadernos Hispanoamericanos*, núms 289-290 (julio-agosto 1974).
- Rogers, Douglass Marcel: «El tiempo en la poesía de José Hierro», *Archivum*, Oviedo, vol. XI, núms. 1-2 (noviembre 1961).
- Sanz Villanueva, Santos: [J. H.], *Historia de la literatura española / El siglo XX- Literatura actual*, Barcelona, Ariel, 1984.
- Torre, Emilio de: *José Hierro, Poeta de Testimonio*, Madrid, Porrúa, Turanzas, 1983.
- Villar, Arturo del: «El vitalismo alucinado de José Hierro», *Arbor*, Madrid, núm. 349 (enero 1975).

De Tierra sin nosotros

ENTONCES

Cuando se hallaba el mundo a punto
de que el prodigio sucediese.
Cuando las horas esperaban
que unas manos las exprimiesen.
Cuando las ramas opulentas
daban su sombra a nuestras frentes.
Cuando en el mundo se morían
todos los tristes y los débiles.
Cuando el soñar, el sentir hondo,
cuando el beber ávidamente
la luz, la brisa, el agua, el aire,
eran primero que la muerte.
Cuando las tardes solitarias,
cuando los árboles más verdes,
cuando las conchas de colores
a nuestras madres sonrientes,
a nuestras novias de ojos grises
como la escama de los peces.
Cuando eran pena y alegría
nuestros amables timoneles
y no existía otro paisaje
que el que alzaba su luna enfrente:
mundo que abría cada día
sus lejanías, frutalmente.

(¿Eras así, tan sin palabras
Primaverales que te expresen?
¿Tan de elementos terrenales:
arena, piedra, hierba, nieve?
¿Nombres de tiempos, de lugares
deshojados diariamente:
Piélagos, Hoces, Montes Claros,
octubre, enero, abril, noviembre?)

Yo no te pinto otros colores
que los colores que tú tienes.

¿Eras así, mi paraíso,
rumor del agua cuando llueve,
hacha que hiere la madera,
fuego que incendia la hoja verde?

Yo no me acuerdo ya de aquello.
Un día tuve que perderte.
Cuando se hallaba el mundo a punto
de que el prodigio sucediese,
Cuando tenía cada instante
un ritmo nuevo y diferente,
cada estación sus ubres llenas,
rebosantes de blanca leche...

CABALLERO DE OTOÑO

Viene, se sienta entre nosotros,
y nadie sabe quién será,
ni por qué cuando dice *nubes*
nos llenamos de eternidad.

Nos habla con palabras graves
y se desprenden al hablar
de su cabeza secas hojas
que en el viento vienen y van.

Jugamos con su barba fría.
Nos deja frutos.
Torna a andar con pasos lentos
y seguros como si no tuviera edad.

Él se despide. ¡Adiós! Nosotros
Sentimos ganas de llorar.

DESTINO ALEGRE

Nos han abandonado en medio del camino.
Entre la luz íbamos ciegos.
Somos aves de paso, nubes altas de estío,
vagabundos eternos.
Mala gente que pasa cantando por los campos.
Aunque el camino es áspero y son duros los tiempos,
cantamos con el alma. Y no hay un hombre solo
que comprenda la viva razón del canto nuestro.

Vivimos y morimos muertes y vidas de otros.
Sobre nuestras espaldas pesan mucho los muertos.
Su hondo grito nos pide que muramos un poco,
como murieron todos ellos,
que vivamos deprisa, quemando locamente
la vida que ellos no vivieron.

Ríos furiosos, ríos turbios, ríos veloces.
(Pero nadie nos mide lo hondo, sino lo estrecho.)
Mordemos las orillas, derribamos los puentes.
Dicen que vamos ciegos.

Pero vivimos. Llevan nuestras aguas la esencia
de las muertes y vidas de vivos y de muertos.
Ya veis si es bien alegre saber a ciencia cierta
que hemos nacido para esto.

CANCIÓN DE CUNA PARA DORMIR UN PRESO

La gaviota sobre el pinar.
(La mar resuena.)
Se acerca el sueño. Dormirás,
soñarás, aunque no lo quieras.
La gaviota sobre el pinar
goteado todo de estrellas.

Duerme. Ya tienes en tus manos
el azul de la noche inmensa,
No hay más que sombra. Arriba, luna.
Peter Pan por las alamedas.
Sobre ciervos de lomo verde
la niña ciega.
Ya tú eres hombre, ya te duermes,
mi amigo, ea...

Duerme, mi amigo. Vuela un cuervo
sobre la luna, y la degüella.
La mar está cerca de ti,
muerde tus piernas.
No es verdad que tú seas hombre;
eres un niño que no sueña.
No es verdad que tú hayas sufrido:
son cuentos tristes que te cuentan.
Duerme. La sombra toda es tuya,
mi amigo, ea...

Eres un niño que está serio.
Perdió la risa y no la encuentra.
Será que habrá caído al mar,
la habrá comido una ballena.
Duerme, mi amigo, que te acunen
campanillas y panderetas,
flautas de caña de son vago
amanecidas en la niebla.

No es verdad que te pese el alma.
El alma es aire y humo y seda.
La noche es vasta. Tiene espacios
para volar por donde quieras,
para llegar al alba y ver
las aguas frías que despiertan,
las rocas grises, como el casco
que tú llevabas a la guerra.
La noche es amplia, duerme, amigo,
mi amigo, ea...

La noche es bella, está desnuda,
no tiene límites ni rejas.
No es verdad que tú hayas sufrido,
son cuentos tristes que te cuentan
Tú eres un niño que está triste,
eres un niño que no sueña.
Y la gaviota está esperando
para venir cuando te duermas.
Duerme, ya tienes en tus manos
el azul de la noche inmensa.
Duerme, mi amigo...

Ya se duerme

mi amigo, ea...

SERENIDAD

(Lectura de madrugada)

Serenidad, tú para el muerto,
que yo estoy vivo y pido lucha.
Otros habrá que te deseen:
ésos no saben lo que buscan.
Si se durmieran nuestras almas,
si las tuviéramos maduras
para mirar inmovibles,
para aceptar sin amargura,
para no ver la vida en torno
apasionadamente nunca,
duros y fríos, como piedra
que sopla el viento y no la muda...

Almas claras. Ojos despiertos.
Oídos llenos de la música
del dolor. Los dedos felices,
aunque los hieran las agudas
espinas. Todo el sabor agrio
de la vida, en la lengua.

«Nunca
podrás mojar tu pie en el río
en que ayer lo mojaste. Busca
la eternidad, vive en la alta
contemplación de su figura.»

Palabrería de los libros
de la que deja el alma turbia.
Serenidad que se nos vende
por librarnos de la tortura,
por llenarnos de sueño el alma
y rodeárnosla de bruma.
Serenidad, tú para el muerto.
El hombre es hombre, y no le asusta

saber que el viento que hoy le canta
no volverá a cantarle nunca.
Serenidad, no te me entregues
ni te des nunca,
aunque te pida de rodillas
que me libertes de mi angustia.
Será que vivo sin saberlo
o que desierto de la lucha.
Tú no me escuches, no me elevés
hasta tu cumbre de luz única.

Palabrería de los libros
de la que deja el alma turbia.
Yo también me hago un poco libro,
me duermo el alma...
Antología poética

Luz difusa.

La madrugada se desgaja
agria y azul, como una fruta.
Cantan los pinos a lo lejos.
Un niño llora. Las desnudas
mujeres y hombres silenciosos
salen despacio de las últimas
sombras. Los pájaros me esperan.
Se alzan las olas. (Me preguntan
por qué.) Campanas... (Ayer niebla,
hoy claro sol y luego lluvia...)
¿Por qué? Las hojas se estremecen...

Voy inundándome de música.

CUMBRE

Firme, bajo mi pie, cierta y segura,
de piedra y música te tengo;
no como entonces, cuando a cada instante
te levantabas de mi sueño.

Ahora puedo tocar tus lomas tiernas,
el verde fresco de tus aguas.
Ahora estamos, de nuevo, frente a frente
como dos viejos camaradas.

Nueva canción con nuevos instrumentos.
Cantas, me duermes y me acunas.
Haces eternidad de mi pasado
Y luego el tiempo se desnuda.

¡Cantarte, abrir la cárcel donde espera
tanta pasión acumulada!
Y ver perderse nuestra antigua imagen
arrebataada por el agua.

Firme, bajo mi pie, cierta y segura,
de piedra y música te tengo.
Señor, Señor, Señor: todo lo mismo.
Pero, ¿qué has hecho de mi tiempo?

NOCHE FINAL

(Epílogo)

Ya se han roto las ataduras,
sólo la noche me rodea,
me va robando la memoria,
me acuna para que me duerma.

Ahora que ya no la contemplo
para robarle su belleza.
Ahora que siento en mí el cansancio
de nuestras pobres razas viejas.
Ahora que lucho y me rebelo
contra su mansedumbre eterna
y me acuerdo de que algún día

fui tan sin tiempo como ella,
¡qué monólogo desbordado,
qué soliloquio sin respuesta,
qué deseo de renacerme,
de entender y de que me entienda,
de borrar pasado y futuro,
de segar mi memoria entera!
Luego, arrojar al negro pozo
lo que de mí evoca y recuerda:

cojín de nieblas matinales
donde apoyaba la cabeza.

Repetimos las mismas cosas,
recorremos aquellas sendas
por donde todos los humanos
dejaron gritos, ecos, huellas.
Son las palabras angustiadas
que un día oyó al nacer la tierra:
«húmedo beso, vida, muerte,
nada importa, me voy y quedas,
ayer desnudos en el campo
y hoy se caen solas las cerezas».

Palabras viejas y cansadas
que nosotros creímos nuevas,
recién nacidas para el canto,
para una dicha siempre nuestra.
Y la noche me va matando,
me acuna para que me duerma.
En cada instante mío pone
siglos de luna, alta y sangrienta.

Nada me importa que yo siembre
y que otros cojan la cosecha.

Pero morirme sin rebelarme,
someterme sin resistencia,
ser por los siglos de los siglos
sólo luz o sólo tinieblas,
irme cegando de hermosura
hasta dejar de ser materia,
aunque mi premio sea un día
mirar por dentro las estrellas...

Hoja de chopo, onda de río,
sangre mezclada con la tierra.
Y que mi forma sea el barro
que una mano mortal modela.
Niño que juega desnudito,
mínima brizna de la hierba,
todos los peces de los mares,
los animales de la tierra.
Saber que vivo, que palpito,
que me enloquezco en la carrera,
que nado mares y anchos ríos,
que escalo cimas, salto cercas,
que desde el fondo de las noches
hay pesadumbre que me acecha.
Sentir en mí todos los soles,
todos los gozos y las penas,
todos los vientos que me mueven,
los dolores que en mí hacen presa...

Sentir, por fin, llegar el alba,
su melodía limpia y fresca,
y barrernos las sombras turbias
que oscurecen nuestras cabezas,
y beber las lejanas brisas
que nos alejan de la tierra
maniatados y adormecidos,
sin saber a dónde nos llevan...

De Alegría

*Llegué por el dolor a la alegría.
Supe por el dolor que el alma existe.
Por el dolor, allá en mi reino triste,
un misterioso sol amanecía.*

*Era alegría la mañana fría
y el viento loco y cálido que embiste.
(Alma que verdes primaveras viste
maravillosamente se rompía.)*

*Así la siento más. Al cielo apunto
y me responde cuando le pregunto
con dolor tras dolor para mi herida.*

*Y mientras se ilumina mi cabeza
ruego por el que ha sido en la tristeza
a las divinidades de la vida.*

ALUCINACIÓN

Amanece. Descalzo he salido a pisar los caminos,
a sentir en la carne desnuda la escarcha.
¡Tanta luz, tanta vida, tan verde cantar de la hierba!
¡Tan feliz creación elevada a la cima más alta!
Siento el tiempo pasar y perderse y tan sólo por fuera de mí se
detiene.

Y parece que está el universo encantado, tocado de gracia.
¡Tanta luz, tanta vida, tan frágil silencio!
¡Tantas cosas eternas que mellan al tiempo su trágica espada!
¡Tanta luz, tan abiertos caminos!
¡Tanta vida que evita los siglos y ordena en el día su magia!
Si la flor, si la piedra, si el árbol, si el pájaro;
si su olor, su dureza, su verde jadeo, su vuelo entre el cielo y la
rama.
Si todos me deben su vida, si a costa de mí, de mi muerte es
posible su vida,
a costa de mí, de mi muerte diaria...

¡Tanta luz, tan remoto latir de la hierba...!
(Descalzo he salido a sentir en la carne desnuda la escarcha.)
¡Tanta luz, tan oscura pregunta!
¡Tan oscura y difícil palabra!
¡Tan confuso y difícil buscar, pretender comprender y aceptar,
y parar lo que nunca se para...

EL MUERTO

Aquel que ha sentido una vez en sus manos temblar la alegría
no podrá morir nunca.

Yo lo veo muy claro en mi noche completa.
Me costó muchos siglos de muerte poder comprenderlo,
muchos siglos de olvido y de sombra constante,
muchos siglos de darle mi cuerpo extinguido
a la hierba que encima de mí balancea su fresca verdura.
Ahora el aire, allá arriba, más alto que el suelo que pisan los
vivos
será azul. Temblará estremecido,
rompiéndose, desgarrado su vidrio oloroso por claras campanas,
por el curvo volar de gorriones,
por las flores doradas y blancas de esencias frutales.
(Yo una vez hice un ramo con ellas.
Puede ser que después arrojara las flores al agua,
puede ser que le diera las flores a un niño pequeño,
que llenara de flores alguna cabeza que ya no recuerdo,
que, a mi madre llevara las flores:
yo querría poner primavera en sus manos.)

¡Será ya primavera allá arriba!
Pero yo que he sentido una vez en mis manos temblar la alegría
no podré morir nunca
Pero yo que he tocado una vez las agudas agujas del pino
no podré morir nunca.
Morirán los que nunca jamás sorprendieron
aquel vago pasar de la loca alegría.
Pero yo que he tenido su tibia hermosura en mis manos
no podré morir nunca.

Aunque muera mi cuerpo, y no quede memoria de mí.

RESPUESTA

Quisiera que tú me entendieras a mí sin palabras.
Sin palabras hablarte, lo mismo que se habla mi gente.
Que tú me entendieras a mí sin palabras
como entiendo yo al mar o a la brisa enredada en un álamo
verde.

Me preguntas, amigo, y no sé qué respuesta he de darte.
Hace ya mucho tiempo aprendí hondas razones que tú no
comprendes.
Revelarlas quisiera, poniendo en mis ojos el sol invisible,
la pasión con que dora la tierra sus frutos calientes.

Me preguntas, amigo, y no sé qué respuesta he de darte.
Siento arder una loca alegría en la luz que me envuelve.
Yo quisiera que tú la sintieras también inundándote el alma,
yo quisiera que a ti, en lo más hondo, también te quemase y te
hiriese.
Criatura también de alegría quisiera que fueras,
criatura que llega por fin a vencer la tristeza y la muerte.

Si ahora yo te dijera que había que andar por ciudades perdidas
y llorar en sus calles oscuras sintiéndose débil,
y cantar bajo un árbol de estío tus sueños oscuros,
y sentirte hecho de aire y de nube y de hierba muy verde...

Si ahora yo te dijera
que es tu vida esa roca en que rompe la ola,
la flor misma que vibra y se llena de azul bajo el claro nordeste,
aquel hombre que va por el campo nocturno llevando una
antorcha,
aquel niño que azota la mar con su mano inocente...

Si yo te dijera estas cosas, amigo,
¿qué fuego pondría en mi boca, qué hierro candente,
qué olores, colores, sabores, contactos, sonidos?
Y ¿cómo saber si me entiendes?

¿Cómo entrar en tu alma rompiendo sus hielos?
¿Cómo hacerte sentir para siempre vencida la muerte?
¿Cómo ahondar en tu invierno, llevar a tu noche la luna,
poner en tu oscura tristeza la lumbre celeste?

Sin palabras, amigo; tenía que ser sin palabras
como tú me entendieses.

VIENTO DE OTOÑO

Hemos visto, ¡alegría!, dar el viento
gloria final a las hojas doradas.
Arder, fundirse el monte en llamaradas
crepusculares, trágico y sangriento.

Gira, asciende, enloquece, pensamiento.
Hoy da el otoño suelta a sus manadas.
¿No sientes a lo lejos sus pisadas?
Pasan, dejando el campo amarillento.

Por esto, por sentirnos todavía
música y viento y hojas, ¡alegría!
Por el dolor que nos tiene cautivos,

por la sangre que mana de la herida
¡alegría en el nombre de la vida!
Somos alegres porque estamos vivos.

*Por qué te olvidas, y por qué te alejas
del instante que hiera con su lanza.
Por qué te ciñes de desesperanza
si eres muy joven, y las cosas viejas.*

*Las orillas que cruzas las reflejas;
pero tu soledad de río avanza.
Bendita forma que en tus aguas danza
y que en olvido para siempre dejas.*

*Por qué vas ciego, rompes, quemas, pisas,
ignoras cielos, manos, piedras, risas.
Por qué imaginas que tu luz se apaga.*

*Por qué no apresas el dolor errante.
Por qué no perpetúas el instante
antes de que en tus manos se deshaga.*

EL MOMENTO ETERNO

¡Tanto hermoso momento
muerto por la costumbre!

¡Tanto instante terrible
que luego en la memoria se hunde!

Sé que somos la suma
de instantes sucesivos
que el tiempo no destruye.

Y miro al que yo he sido
un instante olvidado
de algún día de octubre.

Me duele su tristeza:
quisiera liberarle
de aquella pesadumbre;

pero somos la suma
de instantes sucesivos
que el tiempo no destruye.

Aquel que ahora recuerdo
seguirá siempre en sombras
aun cuando el sol me alumbre.

Oh, no poder borrarlo,
no poder alegrarlo,
darle cielos azules.

Mientras esté yo vivo
él llenará su instante
ciñendo rosas fúnebres.

Y cuando yo me muera

él seguirá viviendo
ciñendo rosas fúnebres.

Sé que somos la suma
de instantes sucesivos.
Ceñimos rosas fúnebres.

(Miro: estoy en mi estela,
ciñendo rosas fúnebres.)

ESE GESTO DE MUERTE

¿Ese gesto de muerte
tendrás siempre, alegría?

¡Ay, si los tallos dóciles
al peso de la brisa,
si las flores moradas,
si las aguas dormidas,
si tantas hermosuras
que en ti, sin ti, suspiran,
por tu flecha de fuego
se sintiesen heridas!

Te lleva el que te ignora.
Te pierde el que te mira.

Fueras siempre en nosotros
caudal de maravilla,
luna que nos traspasa
con su luz, si nos mira,
materia que se esconde
en nuestra carne viva.

Y no país lejano
que niega a nuestra noche
su eterno mediodía.

FE DE VIDA

Sé que el invierno está aquí,
detrás de esa puerta. Sé
que si ahora saliese fuera
lo hallaría todo muerto,
luchando por renacer.
Sé que si busco una rama
no la encontraré.
Sé que si busco una mano
que me salve del olvido
no la encontraré.
Sé que si busco al que fui
no lo encontraré.

Pero estoy aquí. Me muevo,
vivo. Me llamo José
Hierro. Alegría. (Alegría
que está caída a mis pies.)
Nada en orden.
Todo roto, a punto de ya no ser.

Pero toco la alegría,
porque aunque todo esté muerto
yo aún estoy vivo y lo sé.

De Con las piedras, con el viento...

*Con las piedras, con el viento
hablo de mi reino.*

*Mi reino vivirá mientras
estén verdes mis recuerdos.
Cómo se pueden venir
nuestras murallas al suelo.
Cómo se puede no hablar
de todo aquello.
El viento no escucha. No
escuchan las piedras, pero
hay que hablar, comunicar
con las piedras, con el viento.*

*Hay que no sentirse solo.
Compañía presta el eco.
El atormentado grita
su amargura en el desierto.
Hay que desendemoniarse,
liberarse de su peso
Quien no responde, parece
que nos entiende,
como las piedras o el viento*

*Se exprime así el alma. Así
se libra de su veneno
Descansa, comunicando
con las piedras, con el viento.*

Como la rosa: nunca
te empañe un pensamiento.
No es para ti la vida
que te nace de dentro.
Hermosura que tenga
su ayer en su momento.
Que en sólo tu apariencia
se guarde tu secreto.
Pasados no te brinden
su inquietante misterio.
Recuerdos no te nublen
el cristal de tus sueños.

Cómo puede ser bella
flor que tiene recuerdos.

Pregunté a las rocas. (Ellas saben de esto. Ellas tuvieron su humanidad encendida cuando vivían.) Quisiera pasar como un huracán ardiente, como una ciega embestida de bisontes sobre el pasado, quemar sus vestigios, arrojando sobre ellos ceniza, olvido, muerte, silencio...

Pregunté a las rocas. (Ellas saben de esto.) No dijeron: «Muérdete tu corazón, sé el desbordado momento que borre aquello que nunca fue para ti. Si eres hombre permanece en pie, desgárrate la vida; pero en silencio como nosotras, mirando el declinar de los siglos, el arrojarnos los mares flechas de plata»...

Pregunté a las rocas. (Ellas saben de esto. Ellas tuvieron su humanidad encendida cuando vivían.) Quisiera pasar como un huracán ardiente, como una ciega embestida de bisontes. Pero sentí incontenibles ganas de llorar. Pensaba que es mejor abalanzarse, caer sobre el enemigo, como el rayo, aniquilar

lo que ya nunca jamás
puede borrarse.

Pregunté a las rocas. (Ellas
saben de esto. Ellas se visten
de eternidad. Ellas miran
declinar los siglos, ir
las aguas a su reposo,
los cielos a su silencio
las arenas a su noche,
el hombre a su soledad
inevitable.)

Pregunté a las rocas. Luego
me dormí. Salió la luna.
Me vistió de azul. Me dio
su sosiego. Todo fue
ya sencillo, como muerte
anticipada.

Si fuera verdad que dos almas
marchan juntas, sin conocerse
sus cuerpos; si fuese verdad
que se han tocado desde siempre,
que bebieron la misma luz,
que el mismo destino las mece;
si fuera verdad que son hojas
del mismo arbusto, eterno y verde;
si fuera verdad que su gloria
se cumple el día aquel que tienen
los ojos del alma gemela
fijos en su carne evidente;
si fuera verdad todo eso,
cómo aquel día de septiembre
no te busqué, llamé, llevé,
cómo ignoraba que existieses,
cómo no detuve la estrella
que te enrojecía la frente;
cómo podía yo cantar
bajo la llama del poniente;
cómo podía no existir
tu pasado de ahora, doliéndome.
Cómo ha podido ser. Y cómo
no lo impedí, con uñas, dientes,
corazón...

Si fuera verdad que
dos almas, sin conocerse
sus cuerpos, vibran, marchan juntas
hacia el mismo nido caliente,
cómo aquel día por la calle
disparada contra el poniente,
cómo aquel día de luz honda,
dorada y grave de septiembre,
cómo aquel día no sentí
que me traspasaba la muerte.
Campanas de oro. En la noche

doblan, descienden al sueño.
Campanadas de oro van
midiéndonos.

Aprisa, al pasar, la mano
un desconocido fuego.
Pero todo es lejanía
y el tiempo
no tiene ya calidad,
ni dueño.
El fuego está helado, el mundo
remoto se da al misterio.

Y no sé si estamos vivos
o muertos.

Ahora ya es tarde. Quisimos
tocar con las pobres manos
el prodigio.
Ahora ya es tarde: sabemos.
(No supimos lo que hacíamos.)
Ya no hay caminos. Ya no hay
caminos. Ya no hay caminos.

Cuando nada se desea
todo se posee. (El círculo
se ha cerrado. Nos retiene,
sin remedio, en su recinto.)
Ángeles soberbios. Ángeles
ciegos. Ángeles malditos.
Ahora ya es tarde. Se apaga
el mundo recién nacido.
Ya no hay caminos. Ya no hay
caminos. Ya no hay caminos.

Cuando nada se desea
todo se posee. Miro
la llama. ¿Quién nos mandó
tocar su centro encendido?
Al fuego se le posee
con los ojos. (Ni sus hijos
pueden tocarlo.) Ya no hay
caminos. Ya no hay caminos.
Sabemos. El terso sueño
se ha roto. Ya no hay caminos.
Desamparados tendemos
puentes de espíritu a espíritu.
También el cuerpo quería
romper su lastre infinito.
Las almas a su través
se buscaban. Se han hundido
para siempre. No se encuentran
para siempre. No se encuentran

las almas. Ya se ha cumplido
lo fatal. Sabemos. Ángeles
ciegos. Ángeles malditos.
Las almas se han marchitado
sobre los cuerpos marchitos.
Ya no hay caminos. Ya no hay
caminos. Ya no hay caminos.

Cuando nada se desea
todo se posee. El fino
vidrio de la paz se rompe
deseando. (Como el río,
sólo se para y descansa
cuando deja de ser río.)
Prisa por llegar. Candentes
avideces. Rojo vino
en el que los vencedores
se igualan a los vencidos.
Oh, cuánta desolación.
Qué caída en el vacío.
Oigo al otoño ventoso
tañer su cuerno amarillo.
Aroma de oro dorando
aroma de tierra. Piso
la tierra. Miro la tierra
hermosa...

Torno a lo mío:
cuando nada se desea
todo se posee. (El círculo
se ha cerrado.) Todo en torno
es lo mismo y no es lo mismo.
Se han borrado para siempre
caminos, muchos caminos.

Y estamos solos. De pronto
nada parece tranquilo.
Nuestra voz suena a voz de otros
que jamás han existido.
Y se cierra todo. Y todo
dejando de ser sencillo.
Ángeles soberbios. Ángeles
ciegos. Ángeles malditos.
Y no hay caminos. Y no hay
caminos. Y no hay caminos

Apagamos las manos. Dejemos encima del mar marchitarse la luna
y nos pusimos a andar por la tierra cumplida de sombra.
Ahora ya es tarde. Las albas vendrán a ofrecernos sus húmedas flores.
Ciegos iremos. Callados iremos, mirando algo nuestro que escapa
hacia su patria remota.
(Nuestro espíritu debe de ser, que cabalga sobre las olas.)

Ahora ya es tarde. Apagamos las manos felices
y nos ponemos a andar por la tierra cumplida de sombra.
Hemos caído en un pozo que ahoga los sueños.
Hemos sentido la boca glacial de la muerte tocar nuestra boca.

Antes, entonces, con qué gozo ardiente,
qué prodigioso encenderse de aurora
modelamos en nieblas efímeras, en pasto de brisas ligeras,
nuestra cálida hora.
Y cómo apretamos las ubres calientes. Y cómo era hermoso
pensar que no había ni ayer, ni mañana, ni historia.

Ahora ya es tarde; apagamos las manos felices
y nos ponemos a andar por la tierra cumplida de sombra.
Cómo errar por los años, como astros gemelos, sin fuego,
como astros sin luz que se ignoran.
Cómo andar, sin nostalgia, el camino, soñando dos sueños distintos
mientras en torno el amor se desploma.

Ahora ya es tarde. Sabemos. Pensamos. (Buscábamos almas.)
Ahora sabemos que el alma no es piedra ni flor que se toca.
Como astros gemelos y ajenos pasamos, sabiendo
que el alma se niega si el cuerpo se niega.
Que nunca se logra si el cuerpo se logra.

Dejamos encima del mar marchitarse la luna.
Cómo errar, por los años, sin gloria.
Cómo aceptar que las almas son vagos ensueños
que en sueños tan sólo se dan, y despiertos se borran.
Qué consuelo ha de haber, si lograr una gota de un alma

es pretender apresar el latir de la tierra, desnuda y redonda.

Estamos despiertos. Sabemos. Como astros soberbios, caídos,
sentimos la boca glacial de la muerte tocar nuestra boca.

De Quinta del 42

EL LIBRO

*Irás naciendo poco
a poco, día a día.
Como todas las cosas
que hablan hondo, será ,
tu palabra sencilla*

*A veces no sabrán
qué dices No te pidan
luz Mejor en la sombra
amor se comunica*

*Así, incansablemente,
hila que te hila.*

PARA UN ESTETA

*Tú que hueles la flor de la bella palabra
acaso no comprendas las mías sin aroma.
Tú que buscas el agua que corre transparente
no has de beber mis aguas rojas.*

*Tú que sigues el vuelo de la belleza, acaso
nunca jamás pensaste cómo la muerte ronda
ni cómo vida y muerte —agua y fuego— hermanadas
van socavando nuestra roca.*

*Perfección de la vida que nos talla y dispone
para la perfección de la muerte remota.*

*Y lo demás, palabras, palabras y palabras,
¡ay, palabras maravillosas!*

*Tú que bebes el vino en la copa de plata
no sabes el camino de la fuente que brota
en la piedra. No sacias tu sed en su agua pura
con tus dos manos como copa.*

*Lo has olvidado todo porque lo sabes todo.
Te crees dueño, no hermano menor de cuanto nombras.
Y olvidas las raíces («Mi obra», dices), olvidas
que vida y muerte son tu obra.*

*No has venido a la tierra a poner diques y orden
en el maravilloso desorden de las cosas.
Has venido a nombrarlas, a comulgar con ellas
sin alzar vallas a su gloria.*

*Nada te pertenece. Todo es afluente, arroyo.
Sus aguas en tu cauce temporal desembocan
Y hechos un solo río os vertéis en el mar,
«que es el morir», dicen las coplas.*

No has venido a poner orden, dique. Has venido

*a hacer moler la muela con tu agua transitoria
Tu fin no está en ti mismo («Mi obra», dices), olvidas
que vida y muerte son tu obra.*

*Y que el cantar que hoy cantas será apagado un día
por la música de otras olas.*

UNA TARDE CUALQUIERA

Yo, José Hierro, un hombre
como hay muchos, tendido
esta tarde en mi cama,
volví a soñar.

(Los niños,
en la calle, corrían.)
Mi madre me dio el hilo
y la aguja, diciéndome:
«Enhébramela, hijo;
veo poco».

Tenía
fiebre. Pensé: —Si un grito
me ensordeciera, un rayo
me cegara... (Los niños
cantaban.) Lentamente
me fue invadiendo un frío
sentimiento, una súbita
desgana de estar vivo.

Yo, José Hierro, un hombre
que se da por vencido
sin luchar. (A la espalda
llevaba un cesto, henchido
de los más prodigiosos
secretos. Y cumplido,
el futuro, aguardándome
como a la hoz el trigo.)
Mudo, esta tarde, oyendo
caer la lluvia, he visto
desvanecerse todo,
quedar todo vacío.
Una desgana súbita
de vivir. («Toma, hijo,
enhébrame la aguja»,

dice mi madre.)

Amigos:
yo estaba muerto. Estaba
en mi cama, tendido.
Se está muerto aunque lata
el corazón, amigos.

Y se abre la ventana
y yo, sin cuerpo (vivo
y sin cuerpo, o difunto
y con vida), hundido
en el azul. (O acaso
sea el azul, hundido
en mi carne, en mi muerte
llena de vida, amigos:
materia universal,
carne y azul sonando
con un mismo sonido.)
Y en todo hay oro, y nada
duele ni pesa, amigos.

A hombros me llevan. Quién:
la primavera, el filo
del agua, el tiemblo verde
de un álamo, el suspiro
de alguien a quien yo nunca
había visto.

Y yo voy arrojando
ceniza, sombra, olvido.
Palabras polvorientas
que entristecen lo limpio:
Funcionario,
tintero,
30 días vista,
diferencial,
racionamiento,
factura,
contribución,
garantías...

Subo más alto. Aquí
todo es perfecto y rítmico.
Las escalas de plata
llevan de los sentidos
al silencio. El silencio
nos torna a los sentidos.
Ahora son las palabras
de diamante purísimo:
Roca,
águila,
playa,

palmera,
manzana,
caminante,
verano,
hoguera,
cántico...

... cántico. Yo, tendido
en mi cama. Yo, un hombre
como hay muchos, vencido
esta tarde (¿esta tarde
solamente?), he vivido
mis sueños (esta tarde
solamente), tendido
en mi cama, despierto,
con los ojos hundidos
aún en las ascuas últimas,
en las espumas últimas
del sueño concluido.

REPORTAJE

Desde esta cárcel podría
verse el mar, seguirse el giro
de las gaviotas, pulsar
el latir del tiempo vivo.
Esta cárcel es como una
playa: todo está dormido
en ella. Las olas rompen
casi a sus pies. El estío,
la primavera, el invierno,
el otoño, son caminos
exteriores que otros andan:
cosas sin vigencia, símbolos
mudables del tiempo. (El tiempo
aquí no tiene sentido.)

Esta cárcel fue primero
cementerio. Yo era un niño
y algunas veces pasé
por este lugar. Sombríos
cipreses, mármoles rotos.
Pero ya el tiempo podrido
contaminaba la tierra.
La hierba ya no era el grito
de la vida. Una mañana
removieron con los picos
y las palas la frescura
del suelo, y todo —los nichos,
rosales, cipreses, tapias—
perdió su viejo latido.
Nuevo cementerio alzaron
para los vivos.

Desde esta cárcel podría
tocarse el mar; mas el mar,
los montes recién nacidos,
los árboles que se apagan

entre acordes amarillos,
las playas que abren al alba
grandes abanicos,
son cosas externas, cosas
sin vigencia, antiguos mitos,
caminos que otros recorren.
Son tiempo
y aquí no tiene sentido.

Por lo demás todo es
terriblemente sencillo.
El agua matinal tiene
figura de fuente...

(Grifos
al amanecer. Espaldas
desnudas. Ojos heridos
por el alba fría.) Todo
es aquí sencillo,
terriblemente sencillo.

Y así las horas. Y así
los años. Y acaso un tibio
atardecer del otoño
(hablan de Jesús) sentimos
parado el tiempo. (Jesús
habló a los hombres, y dijo:
«Bienaventurados los
pobres de espíritu».)
Pero Jesús no está aquí
(salió por la gran vidriera,
corre por un risco,
va en una barca, con Pedro,
por el mar tranquilo.)
Jesús no está aquí. Lo eterno
se desvae, y es lo efímero
—una mujer rubia, un día
de niebla, un niño tendido
sobre la hierba, una alondra
que rasga el cielo—, es lo efímero
eso que pasa y que muda,
lo que nos tiene prendidos.
Sed de tiempo, porque el tiempo
aquí no tiene sentido.

Un hombre pasa. (Sus ojos
llenos de tiempo.) Un ser vivo.
Dice: «Cuatro, cinco años...»,
como si echara los años
al olvido
Un muchacho de los valles
de Liébana. Un campesino.
(Parece oírse la voz

de la madre «Hijo,
no tardes», ladrar los perros
por los verdes pinos,
nacer las flores azules
de abril...)

dice: «Cuatro, cinco,
seis años...», sereno, como
si los echase al olvido.

El cielo, a veces, azul,
gris, morado, o encendido
de lumbres. Dorado a veces.
Derramado oro divino.
De sobra sabemos quién
derrama el oro y da al lirio
sus vestiduras, quién presta
su rojo color al vino,
vuela entre nubes, ordena
las estaciones.

(Caminos
exteriores que otros andan)
Aquí está el tiempo sin símbolo
como agua errante que no
modela el río.

Y yo, entre cosas de tiempo,
ando, vengo y voy perdido.
Pero estoy aquí, y aquí
no tiene el tiempo sentido
Deseternizado, ángel
con nostalgia de un granito
de tiempo. Piensan al verme:
«Si estará dormido...»

Porque sin una evidencia
de tiempo, yo no estoy vivo.
Desde esta cárcel podría
verse el mar —yo ya no pienso
en el mar. Oigo los grifos
al amanecer. No pienso
que el chorro me canta un frío
cantar de fuente. Me labro
mis nuevos caminos.

Para no sentirme solo
por los siglos de los siglos.

PLAZA SOLA

Cuando se fueron todos, yo
me quedé a solas con mi alma.

Plaza cuadrada, con su fuente
sin una lágrima de agua.
Balcones de piedra y de hierro.
Tejados de teja dorada.
Vencejos de la primavera
por el aire de la mañana..

Qué sosiego volver, hablarte,
abrazarte con mis miradas,
besarte la boca de tiempo
donde el polvo seca la lágrima.
Qué descanso poner mi oído
sobre tu madera encantada,
apurar las gotas de música
de la caja de tu guitarra,
recordar, preguntar, soñar
ahora que nada importa nada...

*(Borro los pájaros. Enciendo
un cáliz de oro ante una acacia.
Y, de pronto, un rumor lejano,
como de mar que se desata,
órgano de oro que libera
sus ruisseños y sus aguas,
viento del sur que pulsa y sopla
espigas y juncos y cañas...*

*Ya los balcones solitarios
se han poblado de hombres que cantan,
de hombres que sueñan y se yerguen
en el umbral de la mañana.
Las flores doblan su carmín
allá en las praderas lejanas.*

*Las piedras sacuden el yugo
de los siglos que las encantan.*

*Todo resurge, clama, vive,
mueve sus pies, pezuñas, alas,
arde en la hoguera del instante,
hinche los mares y montañas,
desborda el tiempo, como un pájaro
que abre la puerta de su jaula.
Y, vencido el tiempo, en las manos
de Dios se duerme, que lo canta...)*

Cuando se fueron todos, yo
me quedé a solas con mi alma.
Plaza cuadrada, con su fuente
sin una lágrima de agua.
Abril, blandiendo por el cielo
su acero pálido de espalda.
Qué sosiego tocarte, verte,
abrazarte con mis miradas,
apurar las gotas de música
de la caja de tu guitarra,
vagar sin fin y sin origen
sobre tus piedras hechizadas...

Andar sintiendo el alma muerta,
Dios mío, ya sin esperanza...

Vino el ángel de las sombras;
me tentó tres veces.
Yo, erguido, tallado en piedra
firme, resistiéndole.
Me torturaba con lágrimas,
látigos y nieves,
con soledades. Me puso
la frente candente.

Toda la noche me estuvo
llenando de muerte.
Separaba con un mar
las orillas verdes.
Entre una y otra orilla
no dejaba puentes.

Se pasó la noche entera
llamándome, hiriéndome.
Diciendo que yo era el rey
del trigo y la nieve,
el rey de las horas negras
y el de las celestes.

Vino el ángel de las sombras.
Yo en pie, resistiéndole.
Esperando que, al cantar
los gallos, huyese.

Alucinado, queriendo
vencerle, venciéndome.

UNOS VERSOS PEDIDOS

Hace ya tiempo... (era yo poeta. Tiempo divino de cantar y de soñar lo esperado y lo perdido. Cristal de viejos reflejos, tornasolado prodigio, álamo esbelto que alzaba al cielo su verde grito primaveral...) Hace tiempo —divino tiempo— me dijo que le escribiera unos versos a sus senos...

Nunca ha sido,
nunca jamás podrá ser
el poema concluido.
Hay cosas grandes, bellezas
para las que no hay cobijo
en las palabras. Hay cosas
cuyo nombre no decimos
para no mancharlas.

Miro
hacia atrás. Era yo entonces
poeta (serlo es sentirnos
iluminados) No supe
hallar el nombre preciso,
la cifra que concretara
tanta hermosura. (Me dijo
que le escribiera unos versos
a sus senos...) No he podido
hallar la palabra exacta,
lograr el nombre preciso.

Yo, poeta sin palabras,
dado a los malabarismos

de las palabras, buscaba
rimas, imágenes, ritmos.
Cazador de aves retóricas:
«palomas de tibios picos»,
«cimas de nieve con sol
poniente», «gemelos lirios»,
«pararrayos de lo rosa»,
«redondas piedras de río»,
«fruto al que arrancan los pájaros
sus dulzores encendidos».

Yo era poeta. Sentía,
soñaba. Tiempo divino
de sentir y de soñar.
Y ser poeta es vestiros
túnicas de luz, oír
la voz que nos va trazando
todos los caminos.

Soñar sin saber cantar.
Errar por el laberinto.
Pero ahora que sé cantar
ya es imposible el prodigio.
Ahora ya no sé soñar.
Cayó la antorcha al abismo.
Todo pasa en torno, y todo
halla el corazón marchito.
Todo es una imagen muerta
en el fondo de mi río.
Una brisa que conmueve
trigos que no son mis trigos.

Alba que toca el ocaso.
Ya no soy rey de mí mismo.
Caído de mi alto trono,
sin resurrección, hundido
en las cavernas que el tiempo
cavó para mi suplicio.

No cantaré ya nunca más. El canto
se me ha secado en la garganta.
Como una rosa.

Ay, misterioso ruiseñor
que gorjeabas bajo el agua,
que me clavabas en el pecho
tu pico; sueño, vida, espada.

Se derrumbaba por el mar mi sangre.
Cantar de bienaventuranza.
Iluminaba los amaneceres
con su doliente luz de plata.

Alba carmín y mediodía de oro.
Trompas de fuego en la mañana.
En cada hojilla de la primavera
una menuda y verde daga.

Dedos que tañen cuerdas invisibles.
Músicas que desnudan al que pasa.
Cuánto tesoro derruido
en el silencio de tu caja.

Ay, mis héroes, mis álamos, mis ríos,
mis playas, frutas y distancias.
(Ay, Dios mío, sin nombre ya, sin hombre.)
Ay, enterradas y borradas.

Ay. Y podridas. Y dormidas.
Y asesinadas. Y apagadas.
Las olas que me hundieron hasta el fondo
sabían bien lo que arrastraban.

Ay, las canciones sin medida.
La medida sin notas, sin palabras.
Ay, las columnas en que puse

el peso dulce de mis alas.

Y todo: norte y sur, este y oeste,
ofrendándome sus campanas,
sus instrumentos de cristal,
humos, piedras, plumas y almas.

Ay, sin medida ya. Fundidas
las fronteras y las distancias.
Ay, la vida que no venía
a ofrecerme su boca grana.

Cárcel de hierro, mas sin fuego.
Piedra sin alas y sin almas,
Ay, estíos, otoños, primaveras,
inviernos que nacían y pasaban.

Ay, gaviotas, alondras, horas,
manos, estrellas, peces, ramas.
Ay, vida que no viene. Y si venía
no había voz para cantarla.

No cantaré ya nunca más. El canto
se me ha secado en la garganta.
Se ha dormido en mi corazón
como una rosa.

De Cuanto sé de mí

NOMBRAR PERECEDERO

No tengo miedo nombraros
ya con vuestros nombres,
cosas vivas, transitorias.
(Unidas sois un acorde
de la eternidad; dispersas
—nota a nota, nombre a nombre,
fecha a fecha—, vais muriendo
al son del tiempo que corre.)

No tengo miedo nombraros.
Qué importa que no le importen
al que viva, cuando yo
haya muerto, vuestros nombres.
Qué importa que rían cuando
escuchen mis sinrazones.

Vosotras sois lo que sois
para mí: mágico bosque
perecedero, campanas
que regaláis vuestros sonos
sólo al que os golpea. Cómo
darlos al que no os oye,
fundir para sus oídos
metal que el instante rompe,
metal que funde el instante
para un instante del hombre.

No tengo miedo nombraros
ya con vuestros nombres.
Sé que podría fingiros
eternidad. Vero adonde
elearos, arrojaros,
hundiros en qué horizonte.
Por qué arrancaros los pétalos
que la lluvia descompone.

Mías sois, cosas fugaces,
bajo marchitables nombres.
Actos, instantes que el viento
curva, azota, araña, rompe;
suma ardiente de relámpagos,
rueda de locos colores.
Otoños de pensamientos
sucesivos, liman, roen
vuestra realidad, la esfuman
como el sueño en el insomne.

Pero sois yo, soy vosotras,
astro viejo en vuestro orbe
perecedero, almas, alma.
Orquesta de ruseñores,
soñáis al alba el recuerdo
de vuestro canto de anoche.

Nombraros ¿no es poseeros
para siempre, cosas, nombres?

MAMBO

Desde el pie hacia la cintura,
la música alza sus pámpanos
envolventes. Oleadas
de sombra ascienden, girando,
hasta los astros azules,
naranjas, verdes, dorados.

Una nebulosa quema
la sombra. Alcohólicos pájaros
cruzan palmeras de tela,
van a morir a mis brazos.
Y un humo que no es de hoguera.
Luciérnagas que ha inventado
el polvo...

¿Qué hago yo aquí?
Estoy, por dentro, llorando.
las que ante mí vais llorando
o riendo, no las que
pasáis ante mí bailando
y fumando (Mambo)...

Qué hago,
de qué noche paternal
y dolorosa (fumando,
Mambo), de qué sencillez
arranca mi mano un látigo,
empuña una antorcha, corre
tras de vosotras, buscándoos
en quienes sois, y os arroja
los delgados cuerpos pálidos,
os aconseja, os recuerda
que el tiempo pasa volando
(dicen los viejos, las madres)...
Muchachas fumando, Mambo.

Autenticidad, etcétera.
Debo de estar muy borracho
esta madrugada. O debo
de estar aún poco borracho.
Renuncio a lo que quisiera
para vosotras (fumando,
bailando, Mambo).

(No era
así: lavabais —los brazos
duros al sol— en un río
imaginado, o acaso
verdadero...) Pero aquello
que queráis, venga sellado
por el triple sello autenti-
cidad, etcétera...

Acato
la vida. Quiero creer
que nada sucede en vano.
Y persigo una razón
que os explique (fumando,
bailando, Mambo), razón
que me dé el descanso.

Cerré los ojos. La música
encadenada al piano.
Negabais vuestro destino
después de cantar el gallo.
Y así noche a noche. Así:
fumando y bailando. Mambo
Noche a noche así, Dios mío,
recitando vuestro falso
papel, hijas mías, lluvia
de juventud, de verano.
Bailando. Mambo. Riendo.
Mambo. Cantando. Bailando.
Sin un sueño roto
que valga la pena llorarlo.

RÉQUIEM

Manuel del Río, natural
de España, ha fallecido el sábado
11 de mayo, a consecuencia
de un accidente. Su cadáver
está tendido en D'Agostino
Funeral Home. Haskell. New Jersey.
Se dirá una misa cantada
a las 9.30, en St. Francis.

Es una historia que comienza
con sol y piedra, y que termina
sobre una mesa, en D'Agostino,
con flores y cirios eléctricos.
Es una historia que comienza
en una orilla del Atlántico.
Continúa en un camarote
de tercera, sobre las olas
—sobre las nubes— de las tierras
sumergidas ante Platón.
Halla en América su término
con una grúa y una clínica,
con una esquela y una misa
cantada, en la iglesia St. Francis.

Al fin y al cabo, cualquier sitio
da lo mismo para morir:
el que se aroma de romero,
el tallado en piedra o en nieve,
el empapado de petróleo.
Da lo mismo que un cuerpo se haga
piedra, petróleo, nieve, aroma.
Lo doloroso no es morir
acá o allá...

Réquiem aeternam,
Manuel del Río. Sobre el mármol,

en D'Agostino, pastan toros
de España, Manuel, y las flores
(funeral de segunda, caja
que huele a abetos del invierno),
cuarenta dólares. Y han puesto
unas flores artificiales
entre las otras que arrancaron
al jardín... *Libera me Domine
de morte aeterna*. Cuando mueran
James o Jacob verán las flores
que pagaron Giulio o Manuel...

Ahora descienden a tus cumbres
garras de águila. *Dies irae*.
Lo doloroso no es morir
Dies illa acá o allá;
sino sin gloria...

Tus abuelos
fecundaron la tierra toda,
la empapaban de la aventura.
Cuando caía un español
se mutilaba el universo.
Los velaban no en D'Agostino
Funeral Home, sino entre hogueras,
entre caballos y armas. Héroe
para siempre. Estatuas de rostro
borrado. Vestidos aún
sus colores de papagayo,
de poder y de fantasía.

El no ha caído así. No ha muerto
por ninguna locura hermosa.
(Hace mucho que el español
muere de anónimo y cordura,
o en locuras desgarradoras
entre hermanos: cuando acuchilla
pellejos de vino derrama
sangre fraterna.) Vino un día
porque su tierra es pobre. El mundo
Libera me Domine es patria.
Y ha muerto. No fundó ciudades.
No dio su nombre a un mar. No hizo
más que morir por diecisiete
dólares (él los pensaría
en pesetas). *Réquiem aeternam*.
Y en D'Agostino lo visitan
los polacos, los irlandeses,
los españoles, los que mueren
en el week-end.

Réquiem aeternam.
Definitivamente todo

ha terminado. Su cadáver
está tendido en D'Agostino
Funeral Home, Haskell. New Jersey.
Se dirá una misa cantada
por su alma.

Me he limitado
a reflejar aquí una esquila
de un periódico de New York.
Objetivamente. Sin vuelo
en el verso. Objetivamente.
Un español como millones
de españoles. No he dicho a nadie
que estuve a punto de llorar.

LAS NUBES

*Inútilmente interrogas.
Tus ojos miran al cielo.
Buscas, detrás de las nubes,
huellas que se llevó el viento.*

*Buscas las manos calientes,
los rostros de los que fueron,
el círculo donde yerran
tocando sus instrumentos.*

*Nubes que eran ritmo, canto
sin final y sin comienzo,
campanas de espumas pálidas
volteando su secreto,*

*palmas de mármol, criaturas
girando al compás del tiempo,
imitándole a la vida
su perpetuo movimiento*

*Inútilmente interrogas
desde tus párpados ciegos.
¿Qué haces mirando a las nubes,
José Hierro?*

PENSAMIENTO DE AMOR

Dejé un instante de pensarte. Había
sucedido algo en ti cuando volviste.
Venías más nostálgico, más triste,
seco tu sol que iluminó mi día.

Alguien —sé quién— que yo no conocía,
alguien que calza sueños de oro, y viste
almas dolientes, te pensó. Caíste
al pozo donde muere la alegría.

Por qué fuiste pensando, malherido,
pensamiento de amor. Cómo han podido
pasarte el corazón de parte a parte.

Por qué volviste a mí, sufriendo, a herirme.
¿No recuerdas que tengo que ser firme?
¿Es que no ves que tengo que matarte?

LA PLAYA DE AYER

Cuántas lamentaciones ante el muro
coronado de pálidas almenas...
(No estoy seguro...) Un canto de sirenas
o de cadenas... (Ya no estoy seguro...)

Palpitación salada... Y el conjuro
de la aventura... Sobre las arenas,
pasos... (no estoy seguro...), o eran penas,
llagas de sombra sobre el oro puro.

Y eran las nubes y las estaciones...
Y alguien pasaba... Y alguien trasponía
puertas de niebla, alcázares de espanto,

mar con marfil de las constelaciones...
y se ocultaba, y reaparecía,
hijo del gozo con su cruz de llanto...

CRIATURAS DE LA SOMBRA

No podré nunca desencarcelaros,
maravillosos que abrasáis mi boca.
Dedos de luz, hundidos en la roca,
de vuestro rico mineral avaros.

Libertaros: nombraros. Libertaros:
mataros... Vuestro fuego desemboca
en mi garganta, mata cuanto toca,
muere —morís— bajo los cielos claros.

Maravillosos de la sombra. Sones
otorgadores de secretos dones,
a silencios perpetuos os sentencio,

a vivir, prisioneros, siempre a oscuras.
(Silencio.) Impronunciabes criaturas
que no (silencio)... naceréis. (Silencio.)

PAGANOS

Subía entonces a tu Casa la
Juventud.

Labios de frutas,
semillas de cántico, pétalos
de luz, magnolias de hermosura.
Lo que no hablaban las palabras
lo decía su sola música.

Para qué cantas. Para qué
cantas. (Entonces, a la altura
de tu frente, trepaban yedras
de juventud.) Para qué apuras
el vino. Déjalo que duerma
ensombreciéndose en las uvas.

Cielo poniente, del color
de los panales. Frías plumas
de alba. Columnas donde apoya
el mediodía azul su cúpula.
Para qué cantas. Para qué
te entusiasmas. Para qué apuras
el vino. Todo cuanto es tuyo
no es tuyo. Todo lo que endulza,
amarga. Todo cuanto aroma,
hiede. Es el día noche oscura.
Te ciñes flores. Son las mismas
flores que llevas a tu tumba.

Subía entonces a tu Casa
la Juventud. (Para qué apuras
el vino.) Y abrías tus ríos,
tu paisaje arrastraba espumas
ilusorias, pétalos de oro
del estío, la boca púrpura
del poniente, el óxido pálido

del mar, los nidos que la lluvia
habita...

Dime, por lo menos:
«Lo sé, lo sé: bajo la luna
sólo hay respuestas; más allá
de la luna sólo hay preguntas».
Di, por lo menos: «Sé que vivo
caminando y cantando a oscuras,
que lloraré de pesadumbre,
no de sorpresa...»

Hasta la altura
de tu frente, suben las yedras
su vegetal carne desnuda.
Cantaba entonces en tu Casa
la Juventud (para qué apuras
el vino...), entraban por las puertas
luminosas, las criaturas
del paraíso del instante,
las enigmáticas volutas
del azul, las bocas candentes
del trigo, el germen de la música:
lo eternamente jubiloso
sobre la tierra o las espumas.

Lo que trenzaba, tallo a tallo
de risa, su noche futura.

EXPERIENCIA DE SOMBRA Y MÚSICA

(Homenaje a Haendel)

No era la música divina
de las esferas. Era otra
humana: de aire y agua y fuego.
Era una música sin hora
y sin memoria. Carne y sangre
sin final ni principio. Bóveda
de alondras nocturnas. Panal
de llama en las cumbres remotas.

Perfectamente lo recuerdo.
Luminoso, por gracia y obra
del misterio. Transfigurado
de eternidad y fiebre y sombra.
Era una música imposible
como un ser vivo. Prodigiosa
como un presente, eternizado
en su cenit. Oí sus ondas
candentes. Rocé con mis dedos
la palpitación de su forma.

Aquí principia el tiempo. Urna
de luna, cárcel de aroma.
Es ya todo celestemente
material. Suenan venas-violas,
trompas —nostalgias, corazones—
claveles-oboes... ¿Quién deshoja
la subterránea luz, los números
armoniosos? ¿Qué cuerdas roban
vida a lo mudo, melodía
a la carne, beso a las bocas?
Vidrio de siglos de la fuente
de donde toda mudez brota.
¿Tú también, hija mía, música,
tú también...?

Águila, corona
errabunda, ¿tú también? Mágica,
solitaria, majestuosa,
arriba, inmóvil, ¿reinas, riges
la noche?... Y bajas a la roca
donde la carne prometea
sufre sus viejas sedes nómadas.
Y hundes el pico en sus entrañas,
la atormentas hasta que implora.

De tierra y aire y agua y fuego
y carne y sangre... Prodigiosa
como un presente eternamente
presente. Bebes gota a gota
las estrellas sonoras; sorbo
a sorbo, todo el dolor, toda
la vida, todo lo soñado:
el Universo. Ya no importa
morir, hacernos eco tuyo.
La muerte rompe con su proa
la tristeza; tú eres su estela:
pulverizada luz. Ahondas
en el alma: la haces más alma;
en la carne helada: la tornas
primaveral, la vistes de alma,
encadenándola a tu órbita.

No era la música celeste
de las esferas. Era cosa
de nuestro mundo. Era la muerte
en movimiento. Era la sombra
de la muerte. Paralizaba
la vida al borde de la aurora.

Y, de pronto, se oye el silencio.
Todo recobra su luz propia.
La carne —oía nuestra carne—,
vuelve a ser piedra, cárcel, fosa.
Hundí mis manos de diamante
entre las pálidas corolas.
Alcé las crestas de las aguas
hasta el reino de las gaviotas.
Manos que habían recorrido
muchos kilómetros de olas.
Que habían sido, un sólo instante,
boca ardiendo contra otra boca.
Que habían sido vida, y eran
nube y ceniza en la memoria.

Jirón fatal de la belleza,
sólo queda llorar a solas.
Pero ya sin lágrimas, ya
sin palabras, las misteriosas

que dicen aquello que ocultan,
callan aquello que pregonan.
Sin transparencia si se miran.
De granito, cuando se tocan.

Jirón fatal de la belleza,
imposible cuando se nombra.
Sobre la escarcha de la música
pétalo a pétalo se agosta.
Arcos de plumas la arrebatan...

Y la noche, de nuevo, cobra
su realidad de ruinas pálidas
bajo la luz de las antorchas.

De Libro de las alucinaciones

TEORÍA Y ALUCINACIÓN DE DUBLÍN

I

TEORÍA

*Un instante vacío
de acción puede poblarse solamente
de nostalgia o de vino.
Hay quien lo llena de palabras vivas,
de poesía (acción
de espectros, vino con remordimiento).*

*Cuando la vida se detiene,
se escribe lo pasado o lo imposible
para que los demás vivan aquello
que ya vivió (o que no vivió) el poeta.
El no puede dar vino,
nostalgia a los demás: sólo palabras.
Si les pudiese dar acción...*

*La poesía es como el viento,
o como el fuego, o como el mar.
Hace vibrar árboles, ropas,
abrsa espigas, hojas secas,
acuna en su oleaje los objetos
que duermen en la playa.
La poesía es como el viento,
o como el fuego, o como el mar:
da apariencia de vida
a lo inmóvil, a lo paralizado.
Y el leño que arde,
las conchas que las olas traen o llevan,
el papel que arrebató el viento,
destellan una vida momentánea
entre dos inmovilidades.*

Pero los que están vivos,

*los henchidos de acción,
los palpitantes de nostalgia o vino,
esos... felices, bienaventurados,
porque no necesitan las palabras,
como el caballo corre, aunque no sople el viento,
y vuela la gaviota, aunque esté seco el mar,
y el hombre llora, y canta,
proyecta y edifica, aun sin el fuego.*

II ALUCINACIÓN

Me acuerdo de los árboles de Dublín.

*(Imaginar y recordar
se superponen y confunden;
pueblan, entrelazados, un instante vacío
con idéntica emoción.
Imaginar y recordar...)*

*Me acuerdo de los árboles de Dublín...
Alguien los vive y los recuerdo yo.
De los árboles caen hojas doradas
sobre el asfalto de Madrid.
Crujen bajo mis pies, sobre mis hombros,
acarician mis manos,
quisieran exprimirme el corazón.
No sé si lo consiguen...*

*Imaginar y recordar...
Hay un momento que no es mío,
no sé si en el pasado, en el futuro,
si en lo imposible... Y lo acaricio, lo hago
presente, ardiente, con la poesía.*

*No sé si lo recuerdo o lo imagino.
(Imaginar y recordar me llenan
el instante vacío.)
Me asomo a la ventana.
Fuera no es Dublín lo que veo,
sino Madrid. Y, dentro, un hombre
sin nostalgia, sin vino, sin acción,
golpeando la puerta.*

*Es un espectro
que persigue a otro espectro del pasado:
el espectro del viento, de la mar,
del fuego —ya sabéis de qué hablo—, espectro
que pueda hacer que cante, hacer que vibre
su corazón, para sentirse vivo.*

MUNDO DE PIEDRA

Se asomó a aquellas aguas
de piedra.

Se vio inmovilizado,
hecho piedra. Se vio
rodeado de aquellos
que fueron carne suya,
que ya eran piedra yerta.
Fue como si las horas,
ya piedra, aún recordaran
un estremecimiento.

La piedra no sonaba.
Nunca más sonaría.
No podía siquiera
recordar los sonidos,
acariciar, guardar,
consolar...

Se asomó al borde mudo
de aquel mundo de piedra.
Movi6 sus manos y grit6 su espanto.
Y aquel sueño de piedra
no palpit6. La voz
no reson6 en aquel
rel6mpago de piedra.
Fue imposible acercarse
a la espuma de piedra,
a los cuerpos de piedra
helada. Fue imposible
darles calor y amor.

Reflejado en la piedra
roz6 con sus pestañas
aquellos otros cuerpos.
Con sus pestañas, lo único
vivo entre tanta muerte,

rozó el mundo de piedra.
El prodigio debía
realizarse. La vida
estallaría ahora,
libertaría seres,
aguas, nubes, de piedra.

Esperó, como un árbol
su primavera, como
un corazón su amor.

Allí sigue esperando.

CANCIÓN DEL ENSIMISMADO EN EL PUENTE DE BROOKLYN

Apretó las esquirlas
de sol entre los dedos
como si modelase
la mañana con ellos.
En el puente de Brooklyn.

La luz quita a las cosas
su densidad, su peso.
Alas les da: que sean
criaturas del viento.
Luces les da: que moje
sus frentes el misterio.
En el puente de Brooklyn.

Una mujer le entrega
un periódico: «Léalo,
es importante. Mire
las aguas: llevan muertos».
¿Muertos? Mira las aguas.
Son sólo un curso negro.
En el puente de Brooklyn.

Un curso negro y frío
y silencioso, pero
bajo la superficie
laten playas y cielos,
laderas con encinas,
cales y cementerios.
«Mire las aguas: llevan
muertos». (Pero otros muertos.)
En el puente de Brooklyn.

Se entreabre el río. Muestra
las entrañas del tiempo.
Revive lo vivido,

rescata lo pretérito.
«Mire los muertos. Lea
lo que dice...» (Sus muertos...,
su corazón, debajo
del agua, en el silencio...)
No ve: recuerda sólo.
Se ve a sí mismo muerto.
¿Cómo decir que ha sido
quien dio figura al fuego,
quien lloró por Aquiles,
el de los pies ligeros;
quien besara en la boca a
Julieta Capuleto?
En el puente de Brooklyn.

¿Mendigo de qué mundo?
¿Errante por qué tiempo
marchito? La mujer
se va desvaneciendo.
En el puente de Brooklyn.

ALUCINACIÓN EN SALAMANCA

¿En dónde estás, por dónde
te hallaré, sombra, sombra,
sombra?...

Pisé las piedras,
las modelé con sol
y con tristeza. Supe
que había allí un secreto
de paz, un corazón
latiendo para mí.

Y qué serías, sombra,
sombra, sombra; qué nombre,
y qué forma, y qué vida
serías, sombra. Y cómo
podías no ser vida,
no tener forma y nombre

Sombra: bajo las piedras,
bajo tanta mudez
—dureza y levedad,
oro y hierba—, qué, quién
me solicita, qué
me dice, de qué modo
entenderlo... (no encuentro
las llaves). Sombra, sombra,
sombra... Cómo entenderlo
y nacerlo...

De pronto,
deslumbradoramente,
el agua cristaliza
en diamante. . Una súbita
revelación...

Azul:

en el azul estaba,
en la hoguera celeste,
en la pulpa del día,
la clave Ahora recuerdo:
he vuelto a Italia. *Azul*,
azul, *azul* era ésa
la palabra (no *sombra*,
sombra, *sombra*) Recuerdo
ya —con qué claridad—
lo que he soñado siempre
sin sospecharlo. He vuelto
a Italia, a la aventura
de la serenidad,
del equilibrio, de
la belleza, la gracia,
la medida...

Por estas
plazas que el sol desnuda
cada mañana, el alma
ha navegado, limpia
y ardiente. Pero dime,
azul (¿o hablo a la sombra?),
qué dimensión le prestas
a esta hora mía; quién
arrebató las alas
a la vida. Y quién fue
que yo no sé. Y quién fui
el que ha vivido instantes
que yo recuerdo ahora.
Qué, alma mía, en qué cuerpo,
que no era mío, anduvo
por aquí, devanando
amor, entre oleadas
de piedra, entre oleadas
encendidas (las olas
rompían y embestían
contra las torres peñas)...

Entre oleadas... Olas...
Gris... Olas... Sombra...He vuelto
a olvidar la palabra
reveladora. Playas...
Olas... Sombra... Hubo algo
que era armonía, un sitio
donde estoy... (sombra, sombra,
sombra), donde no estoy.
No: la palabra no era *sombra*.
El fulgor del cielo,
la piedra rosa, han vuelto
a su mudez. Están
ante mí. Los contemplo,

y, sin embargo, ya
no están. El equilibrio,
la armonía, la gracia
no están. Ay, sombra, sombra
(y tanta claridad).

Quién disipó el lugar
(o el tiempo) que me daba
su sangre, el que escondía
el lugar (o era el tiempo)
no vivido. Y por qué
recuerdo lo que ha sido
vivido por mi cuerpo
y mi alma. Qué hace
aquí, por mi memoria,
este avión roto, un viejo
Junker, bajo la luna
de diciembre. La niebla,
la escarcha, aquel camino
hasta el silencio, aquella
mar que estaba anunciando
este mismo momento
que no es tampoco mío.

Quién sabe qué decían
las olas de esta piedra.
Quién sabe lo que hubiera
—antes— dicho esta piedra
si yo hubiese acertado
la palabra precisa
que pudo descuajarla
del futuro. Cuál era
—ayer— esa palabra
nunca dicha. Cuál es
esa palabra de hoy,
que ha sido pronunciada,
que ha ardido al pronunciarla,
y que ha sido perdida
definitivamente.

LOS ANDALUCES

Decían: «Ojú, qué frío»;
no «Qué espantoso, tremendo,
injusto, inhumano frío».
Resignadamente: «Ojú,
qué frío...» Los andaluces...

En dónde habrían dejado
sus jacas; en dónde habrían
dejado su sol, su vino,
sus olivos, sus salinas.
En dónde habrían dejado
su odio... Parecían hechos
de indiferencia, pobreza,
latigazo .. «Ojú, qué frío».
Tiritaban bajo ropas
delgadas, telas tejidas
para cantar y morir
siempre al sol. Y las llevaban
para callar y vivir
al frío de Ocaña y Burgos,
al viento helado del mar
del Dueso Los andaluces

Estos que están esperando,
desde Huelva hasta Jaén,
desde Jaén a Almería,
junto a las plazas de cal
y noche, deben de ser
hijos de aquéllos Esperan
que alguno venga a encerrarlos
entre rejas. Como aquéllos,
no preguntarán por qué.
No se quejarán de nada
Ni uno se rebelará.
«Las cosas son como son,
como siempre han sido, como

han de ser mañana. Ojú,
qué frío.» Los andaluces.

Apenas dejaban sombra,
sonido, cuando pasaban.
Se borraban sus cabezas.
Tan sólo un inmenso frío
daba fe de ellos. Y aquella
dejadez que rodeaba
su fragilidad. Más solos
que ninguno. Más hambrientos
que ninguno. (Deseaba
que odiasen, porque los vivos
odian. Los vivos perdonan.
El hombre es fuego y es lluvia.
Lo hace el odio y el perdón.)
Indiferentes: «Ojú,
qué frío...» Los andaluces...

Un grano de trigo. Una
oliva verde. (Guardad
el aliento de la tierra,
el parpadeo del sol
para ayer, para mañana,
para rescataros...) Quiero
que despierten del pasado
de frío, de los cerrojos
del futuro. Todo está
tan confuso. Yo no sé
si los veo, los recuerdo,
los anticipo...

Hace pocos
kilómetros tuve aquí,
en mi mano, la madeja
de los días. La emoción
de los días. Como un padre
que olvidó hace tiempo el rostro
de los hijos muertos. Y ahora
los recuerda. Y ahora vuelve
a olvidarlos, unos pocos
kilómetros más allá.
Olvidados para siempre.

Cuántos años hace de esto.
O cuántos faltan para esto
que hace un momento viví
por los caminos... —ojú,
qué frío— de Andalucía.

YEPES COCKTAIL

*Juan de la Cruz, dime si merecía
la pena descolgarte, por la noche,
de tu prisión al Tajo, ser herido
por las palabras y las disciplinas,
soportar corazones, bocas, ojos
rigurosos, beber la soledad...*

—¿Otro whisky?

La pelirroja
—caderas anchas, ojos verdes—
ofrece ginebra a un amigo.
Hombros y pechos le palpitan
en el reír. *¡Oh llama de amor viva,
que dulcemente hieres!...*

Junto al embajador de China,
detrás de la cantante sueca,
el agregado militar
de Estados Unidos de América,
Juan de la Cruz bebe un licor
de luz de miel...

(Dime si merecía
la pena, Juan de Yepes, vadear
noches, llagas, olvidos, hielos, hierros,
adentrar en la nada el cuerpo, hacer
que de él nacieran las palabras vivas,
en silencio y tristeza, Juan de Yepes...
Amor, llama, palabras- poesía,
tiempo abolido... Di si merecía
la pena para esto...)

El aplaudido
autor con el puro del éxito,
la amiguita del productor
velando su pudor de nylon,

las mejillas que se aproximan
femeninamente: «*Mi rouge*
mancha, preciosa...» (Mancha amor
cuando en las bocas no hay amor.)

*(Juan de la Cruz, dime si merecía
la pena padecer con fuego y sombra,
beber los zumos de la pesadumbre,
batir la carne contra el yunque, Juan
de Yepes, para esto... Vagabundo
por el amor, y huérfano de amor...)*

ESTATUA MUTILADA

Mujer de un funcionario romano,
recorriste la tierra
—sombra suya— de Gades a Palmira.
Soles distintos te doraron,
maduraron tu piel, fueron dejando
seco tu corazón.

Cómo sería tu cabeza, tu mano,
lo que fue carne tibia, vestidura del alma
y luego piedra silenciosa...
Ahora la mano ya no está en la piedra.
Y la cabeza fue limada, desfigurada y corroída
por el agua que la albergó durante siglos.
¿Cómo serías? Imagino que el escultor,
sumiso a los clientes, las rutinas,
los tópicos vigentes en la Roma de los Césares,
copió de ti la apariencia banal.
¿Serías verdaderamente
—no quedan rasgos que dejen comprobarlo—
matrona dura que mandaba sus hijos a la guerra,
que prefería muertos valerosos,
soledad y desolación,
antes que amor, calor y compañía de cobardes?
¿O tu rostro impasible
revelaría otra verdad?

Ahora no tienes ojos,
ni siquiera de piedra,
para que en ellos se refleje y cante el mar,
el mismo que rompía en tus ojos humanos
y te vestía de llamas azules.
(A la orilla del mar ocurriría aquel amor.)

Un legionario, un soñador, un triste,
a la orilla del mar... Y le decías:
«Ráptame, llévame contigo, da a mi vida

sentido y esperanza, olvido y horizonte,
dale vida a mi vida». (El fingiría indiferencia
cuando subías con ofrendas al templo.
Y te abrazaba, enloquecía, te daba vida y muerte
cuando estabas con él a solas.)
El día que marchaste, dócil al lado de tu esposo,
a otro sol y otra tierra del Imperio,
lloró desconsolado el que era fuerza tuya.
Te hizo un collar de lágrimas
el que bebió tus lágrimas.
(Esto debió de suceder en la Imperial Tarraco.)

Ahora no tienes ojos, ni siquiera de piedra.
El mar y el tiempo los borraron.
(Dentro del mar se pudriría aquel amor.)
Sólo te queda la impasibilidad con que te imaginaron
para edificación y pasmo de los hombres.

Jamás podrá la piedra
albergar un soplo de vida.
Y entonces, dónde ha ido tanta vida,
dónde está tanta vida que la piedra no puede contener,
no puede imaginar y transmitir.
Tanta vida que fue la salvadora
del olvido y la nada, ¿habrá muerto contigo?
Cómo puede morir lo que fue vida.
Quién puede asesinar la vida.
Quién puede congelar en estatua una vida.

Qué hay en común entre este bulto
—pliegues rígidos y elegantes,
rostro esfumado, manos mutiladas—
y aquella estatua de ola tibia,
aquel pequeño sol poniente,
aquel viento de carne pálida,
aquella arena palpitante,
aquel prodigio de rumores:
o que tú fuiste un día,
lo que eres para siempre en un punto del tiempo y del espacio,
en el que escarbo inútilmente
con el afán de un perro hambriento.

CARRETERA

Volví, volvía —con qué poca ilusión—
a donde tuve mis raíces, mis recuerdos, mi casa
frente al mar, y los árboles
plantados por mis manos, pisoteados por los niños,
comidos por los animales.
Mi casa junto al mar, más solariega
que otras, la que fue más hermosa que todas.
Con qué poca ilusión volvía.

Cárdenas tierras húmedas y soleadas, trigos
color de aquellos ojos, pincelada morada
sobre lo verde, allá en Vivar del Cid,
murallas de olmos negros, amapolas,
verdes sombríos por Entrambasmestas,
platas de la bahía, con qué poca ilusión
pasaba por vosotros.

Cómo se puede vaciar así
un corazón. Cómo se puede
llorar así, por dentro. Frustraciones o muertes
nada me arrancó lágrimas desde aquellos aviones
los que volaban sobre mí y arrasaban mi mundo
sin que arrojasen bombas, ni ametrallasen: sólo
con el ruido de sus motores,
demasiado terrible para mí entonces y ahora.

Qué quedó de mi vida entre sus alas.
Qué en la música oída en la noche,
la que vestía nuestra desnudez
mientras caía el agua cálida, qué gozo, el agua...
Qué se hundió por aquellas escaleras
precipitadas en la noche.
Qué congeló la luna que iluminaba las fachadas.
Qué llevó la marea en la playa de octubre.

Cómo es posible edificar,
reconstruir con tantos materiales

disueltos en el tiempo,
gastados por la lluvia que no vimos caer...

Volví, volvía como ahogado
bajo un montón de escombros
que fueron mi edificio, mi alcázar,
sin una sola lágrima —para qué— que llorar,
apoyado en el llanto de otros días,
como si sólo con lágrimas de entonces
pudiese liberarse este dolor presente
que ya no encuentra llanto.

EL PASAPORTE

«Tienes estrellas en la frente»,
me hubieran dicho hace unos años gentes desconocidas,
rostros que no he de conocer jamás.
No sé por qué se me ha ocurrido
esto de las estrellas, ni qué quiere decir.
(Habré de recordarlo mañana, cuando sea de día.) Y otra idea
que viene y va: es un símbolo,
más bien un argumento para un cuento vulgar.
Tiene que ver con un caballo de cartón y un niño.
(Cuando despierte de la fiebre, al terminar el viaje,
veré que es tema propio para un cuento
con fondo de sonajas, panderos y rabeles.
Un argumento que ya ha sido escrito
cientos de veces, enternecedor, vulgar,
folletinesco.) Un niño que soñaba
con un caballo que no tuvo.
Y cuando se hizo hombre lo compró
para vengarse de los años.
Ya imagináis lo que sucede
cuando intenta desenterrar
el niño antiguo. Veinte, treinta años
tan gran retraso mata demasiadas cosas
Esta es la idea que me ronda: un cuento repetido
hasta la saciedad, efectista, ridículo,
un cuento lacrimoso propio de Navidad.

No sé por qué se me ha ocurrido
este estúpido ejemplo. (¿Y qué era aquello otro
de las estrellas en la frente?,
No me explico que pueda enternecerme
algo que en otras circunstancias
me hubiera hecho reír. Cuando sea de día
me excusaré conmigo mismo
—estaba solo en el departamento,
tiritaba de fiebre, era de noche,
el tren cruzaba lugares desconocidos...

Me excusaré también por no haberme asomado
a acariciar verdes, cielos pálidos, ciudades, ríos.
(Diré que era de noche, que nada se veía fuera.
Y mentiré. Porque este viaje pude hacerlo
hoy, de día, sin fiebre, y hubiera sido igual.
O ayer, de noche, enfermo. Y, sin embargo,
hubiera adivinado lo escondido en lo oscuro.)

Debí aclarar que eso de las estrellas,
lo del caballo de cartón, la fiebre
el paisaje invisible detrás de los cristales,
ocurría viajando hacia París.
Aclararé. Por vez primera salía de mi patria
con veinte años de retraso
sobre mis esperanzas. Miré mi pasaporte. En mi fotografía
una aureola de ceniza velaba el cráneo calvo.
(«Tienes estrellas en la frente, muchacho»,
me hubieran dicho entonces.)
El pasaporte era en mi mano
una orden de libertad
que llegó veinte años tarde.
Entonces, en su día, en mi día,
hubiera yo besado las piedras de París,
cantado bajo un cielo irrepetible,
quemado el aire con mi vida...

... Quemado el aire. Ya no es hora. Gracias
de todos modos. Has llegado tarde.
Sé bienvenido con mi fotografía,
datos y cifras personales,
mi profesión, mi edad, mis tantas cosas olvidadas o desterradas.
Ahora ya da lo mismo Londres, París, Madrid.
Igual música llevan el Támesis, el Sena, el Manzanares.
Esta serenidad (o indiferencia: como queráis llamarlo)
dan los días. Incluso puedo mezclar en un poema,
sin temor al ridículo,
estos nombres de ríos navegables y abiertos —Sena, Támesis—,
con los de cauces casi secos —Manzanares:
San Sebastián de flechas gongorinas, lopescas, quevedescas.
Porque no es hora ya de engrandecer,
de idealizar, de mentir bellamente,
sino que es hora de reconocer
y de aceptar, sin canto y sin pasión,
como si ante un notario hiciese testamento
momentos antes de mi muerte.
Un documento, no un poema.
Un testimonio, una radiografía
que no pretende ser hermosa, sino útil.

Útil, tal vez, para mí solo
(es decir, objetivamente inútil). ¡Qué tristeza
este juguete que llega tan tarde!

Ahora el mundo no es ya nieblas acá,
playas y piedras radiantes allá,
ni ríos navegables que abren sus brazos al que llega
de una patria de ríos violentos y profundos
como las gentes que los ven pasar.
Cualquier punto del orbe (perdonad
la generalización pedantesca)
es un lugar para soñar, para vivir,
para estar solo y continuar la espera
sin demasiada avidez,
sin emoción y sin sorpresa.

No es lo peor que esto suceda así,
sino que pudo suceder de otra manera.
Y lo pienso, Dios mío, besando el pasaporte,
unas escasas hojas de papel
entre las que han quedado tantas cosas
que ya no tienen realidad.
Tantas cosas que un día pudieron haber sido.

ACELERANDO

Aquí, en este momento, termina todo,
se detiene la vida. Han florecido luces amarillas
a nuestros pies, no sé si estrellas. Silenciosa
cae la lluvia sobre el amor, sobre el remordimiento.
Nos besamos en carne viva. Bendita lluvia
en la noche, jadeando en la hierba,
Trayendo en hilos aroma de las nubes,
poniendo en nuestra carne su dentadura fresca.
Y el mar sonaba. Tal vez fuera su espectro.
Porque eran miles de kilómetros
los que nos separaban de las olas.
Y lo peor: miles de días pasados y futuros nos separaban.
Descendían en la sombra las escaleras.
Dios sabe a dónde conducían. Qué más daba. «Ya es hoy
—dije yo—, ya es hora de volver a tu casa».
Ya es hora. En el portal, «Espera», me dijo. Regresó
vestida de otro modo, con flores en el pelo.
Nos esperaban en la iglesia. «Mujer te doy». Bajamos
las gradas del altar. El armonio sonaba.
Y un violín que rizaba su melodía empalagosa.
Y el mar estaba allí. Olvidado y apetecido
tanto tiempo. Allí estaba. Azul y prodigioso.
Y ella y yo solos, con harapos de sol y de humedad.
«¿Dónde, dónde la noche aquella, la de ayer...?»

preguntábamos

al subir a la casa, abrir la puerta, oír al niño que salía
con su poco de sombra con estrellas,
su agua de luces navegantes,
sus cerezas de fuego. Y yo puse mis labios
una vez más en la mejilla de ella. Besé hondamente.
Los gusanos labraron tercamente su piel. Al retirarme
lo vi. Qué importa, corazón. La música encendida,
y nosotros girando. No: inmóviles. El cáliz de una flor
gris que giraba en torno vertiginosa.
Dónde la noche, dónde el mar azul, las hojas de la lluvia.
Los niños —quiénes son, que hace un instante

no estaban—, los niños aplaudieron, muertos de risa:
«Qué ridículos, papá, mamá». «A la cama», les dije
con ira y pena. Silencio. Yo besé
la frente de ella, los ojos con arrugas
cada vez más profundas. Dónde la noche aquella,
en qué lugar del universo se halla. «Has sido duro
con los niños». Abrí la habitación de los pequeños,
volaron pétalos de lluvia. Ellos estaban afeitándose.
Ellas salían con sus trajes de novia. Se marcharon
los niños —¿por qué digo los niños?— con su amor,
con sus noches de estrellas, con sus mares azules,
con sus remordimientos, con sus cuchillos de buscar pureza
bajo la carne. Dónde, dónde la noche aquella,
dónde el mar... Qué ridículo todo: este momento detenido,
este disco que gira y gira en el silencio,
consumida su música...

VIAJE A ITALIA

Y ahora qué haré, si tú no estás.
En el espejo te desvaneciste.
Qué haré, si ya no estás. Cómo encontrarte.

Fui a la agencia de viajes.
Dije: «Un billete». «¿Para dónde?»
«Para dónde ha de ser». (Me comprendieron en seguida.)
«Mucho tiempo esperó», dijeron enigmáticos.
Volví a casa cantando, recobrada
la vida. Me miré al espejo.
Tú ya no estabas. Comprendí.

Ahora qué voy a hacer. Sin ti quién puede
recobrar lo soñado, lo perdido: Venecia
de vidrio rosa, Roma con cabellos de fuentes.
Florencia y Siena, Nápoles y Pisa,
Botticelli, Giotto, Tiziano, cipreses y palacios,
canales, Miguel Angel, frutos, palomas, Donatello
qué van a ser sin ti, si eras tú quien les dabas
vida, sentido, magia.

Llegaré —a veces gusto
imaginar que en el crepúsculo—
a no sé que ciudad- Consultaré la *Guide Blue*
y...Esta es la prueba. ¿Quién puede acercarse
después de tanto amor, a un gran amor,
sin alma, sin amor, es decir, solo con los ojos?

«Un billete» diré. Preguntarán para dónde.
«Para un lugar que yo invente
y tal vez ya no existe. Par mirarme en un espejo
que reflejo mi vida cuando no estaba yo
y al que me acerco ahora
cuando no puede devolver mi imagen».

Y entenderán por qué lo digo.

CAE EL SOL

Perdóname. No volverá a ocurrir.
Ahora quisiera
meditar, recogerme, olvidar: ser
hoja de olvido y soledad.
Hubiera sido necesario el viento
que esparce las escamas del otoño
con rumor y color.
Hubiera sido necesario el viento.

Hablo con la humildad,
con la desilusión, la gratitud
de quien vivió de la limosna de la vida.
Con la tristeza de quien busca
una pobre verdad en que apoyarse y descansar.
La limosna fue hermosa —seres, sueños, sucesos, amor
don gratuito, porque nada merecí.

¡Y la verdad! ¡Y la verdad!
Buscada a golpes, en los seres,
hiriéndolos e hiriéndome;
hurgada en las palabras;
cavada en lo profundo de los hechos
—mínimos, gigantescos, qué más da:
después de todo, nadie sabe
qué es lo pequeño y qué lo enorme;
grande puede llamarse a una cereza
(«hoy se caen solas las cerezas»,
me dijeron un día, y yo sé por qué fue),
pequeño puede ser un monte,
el universo y el amor.

Se me ha olvidado algo
que había sucedido.
Algo de lo que yo me arrepentía
o, tal vez, me jactaba.
Algo que debió ser de otra manera.

Algo que era importante
porque pertenecía a mi vida: era mi vida.
(Perdóname si considero importante mi vida:
es todo lo que tengo, lo que tuve;
hace ya mucho tiempo, yo la habría vivido
a oscuras, sin lengua, sin oídos, sin manos,
colgado en el vacío,
sin esperanza.)

Pero se me ha borrado
la historia (la nostalgia)
y no tengo proyectos
para mañana, ni siquiera creo
que exista ese mañana (la esperanza).
Ando por el presente
y no vivo el presente
(la plenitud en el dolor y la alegría).
Parezco un desterrado
que ha olvidado hasta el nombre de su patria,
su situación precisa, los caminos
que conducen a ella.
Perdóname que necesite
averiguar su sitio exacto.

Y cuando sepa dónde la perdí,
quiero ofrecerte mi destierro, lo que vale
tanto como la vida para mí, que es su sentido.
Y entonces, triste, pero firme,
perdóname, te ofreceré una vida
ya sin demonio ni alucinaciones.

Otros poemas

POEMAS DE AGENDA

I

Fueron dos mil kilómetros los que volé sobre las olas.
Quién pensaba que había de encontrarme
en un fanal dorado y mágico, y cuánto nunca, Paula,
sin ti y sin mí.
Y el grillo que sonaba entre claridades marinas.
Las guitarras eléctricas, mineras, sondeaban la tierra.
Aquí aparece el hombre del gesto estúpido de Berlín,
chin-chin-pom sobre el bombo y los platillos,
o el chin-chin-pom, el treintaitrés del vals sobre la playa,
plinto de la pareja, madura y aún hermosa.
Aquí aparece la armonía desamparada, emboscada en la noche,
envuelta en el papel de lluvia próxima y de viento,
la noche sudorosa de estrellas,
la noche fugitiva... Y otras noches y otros días y vientos y
lluvias
aparecen aquí.

Uno palpa razones inexplicables, barajando palabras:
jamás una palabra es suya.
Acepta una de aquí, rehúsa otra de allá,
sin acertar lo que es allá y lo que es aquí,
con el instinto ciego del animal que olfatea la hierba
que ha de sanarlo.
Así olfateo yo, mas sin el firme instinto del animal
unas palabras que podrían sanarme el alma.
Y, sin embargo,
no estoy seguro de si se detienen
más acá o más allá de su propósito
o si, por raro azar, habrán herido
el centro donde late lo que uno mismo ignora
al escribir, al ordenar.

II

Estas palabras,
estas figuras y ráfagas y signos...

Me asomé al vertedero. Distinguí
entre bocanadas de sombra
—rotos por el relámpago de los cristales y de los metales,
entre cintas, escorias, herrumbre, papeles—
mitos de sol, fantasías de viento y mármol,
claridades parpadeantes:
así aquella pareja funeral,
novios de negro, como cuervos tímidos,
cogidos de la mano, con un ramo de flores,
lentos por una calle que no tenía fin,
foso de cal, en Campo de Criptana.
O ésta: volar dos mil kilómetros, creo que ya lo dije,
y oír, entre las olas que arañaban la isla,
el sonido del grillo.
O el hombre que pedía colillas
para morir fumando.
O alguien que iba y venía, obsesionado,
por aquel patio helado...

Y para qué seguir.
(Estas palabras... Las afilo
igual que bisturís, para sajar mi carne.
Si la infección no me habitara,
entonces las palabras, estas u otras palabras
se alzarían aladas, revolotearían,
zumbarían al sol, gorjearían
con generosidad. Pero quién puede
ser generoso con estas hambres y estos fríos
de entonces, que aún me hacen tiritar,
con la amargura y el desvalimiento
que yo he vivido en otros...)

... Y para qué seguir,
dice el doctor, mi compañero.
Reaparece en su celda y habla otra vez de Huxley,
de Picasso, de Schoenberg, de cuál será la suerte
de la Venus de Milo, prisionera de Hitler.
Y el té. Y las pastas «que mi mujer acaba de traerme,
porque no sé qué maña se da para encontrar en estos tiempos
dulces tan buenos en Madrid». Y luego,
«tome usted esta otra de coco, ya verá lo que es bueno».

Esto, tan real y tan absurdo,
sucedió, pero sigue sucediendo.
Y no sé lo que significa.

III

Unos dedos de plata
estremecen las copas de los álamos.
Unos dedos de cobre
llameando entre las acacias
y los castaños de noviembre.
Y una mano —de quién será— que ofrece a los gorriones
migas de azul, granos de otoño,
me arrebató a otro reino y me convierte en ave,
ave de piedra, piedra de río, río de estrellas,
estrellas olorosas, olorosas hogueras,
hogueras de piedra, de río, de estrellas, de ave...

De quién será esta mano. Me refiero
a esta mano de carne y hueso
que se apoya en mi hombro y deshace el hechizo
y restituye al mundo a su recinto natural,
a su archivador impasible.
Y mientras trepan, brazo arriba, mis ojos
hasta fondear en otros ojos que los miran,
reconozco la voz que escucharé cuando caigan los años,
hirviente de palabras rencorosas.
Reconozco la voz que aún no ha sonado
en esta voz de niño, en el cuerpo del niño
que sonrío ante mí.
La voz que un día me dirá: «Voy a matarte con mis propias
manos»,
en este instante suena con desamparo y lágrimas,
y las palabras aún no hieren:
«Aúpame, quiero coger esa hoja verde».

Alzo en mis brazos, para que no lllore
a mi asesino.

IV

(Brahms, Clara, Schumann)

Eres mi amor, Paula, mi amor, Paula. Clara quise decir.
Y cuánto tiempo, Paula, digo Clara,
sin ti y sin mí. Las diligencias
parten sin mí y sin ti.
O a ti te llevan hacia el norte, hacia el pobre Roberto.
A mí, hacia el sur, contigo, hacia el sur, donde ya no estabas,
donde nunca estarías. Ahora he tomado el tren
para decirte adiós. Y sueño, sueño mío

Cerré los ojos, deslumbrado por la memoria.
Apreté la cintura del paisaje, recorrí sus caderas,

miré sus ojos verdes, ceniza con sentido.
Tendía el cielo su metal hermético.
Y se superpusieron mediterráneos y cantábricos,
cipreses respirados desde un sótano,
casi a vista de muerto , y jazmineros.
Después, las cosas y sus nombres
perdieron sus contornos, su significación,
y fueron nada más que ritmo, armonía viajera
liberada de los instrumentos que le dieron su carne.

No queda nadie ya que pueda perdonarte,
que pueda perdonarme, perdonarnos.
Nadie que pueda rescatar los besos que se pudren
sobre Roberto y su locura piadosa.
Ahora que voy a ti, a encontrarte en la aduana de la muerte,
pienso, Clara, amor mío, que cuando nos besábamos
era a Roberto a quien besábamos, al engañado
hijo de nuestro amor. El murió un día.
Su esposa, tú, amor mío, Clara, también has muerto ahora.

Yo tomé el tren para encontrarte en la frontera,
para decirte adiós desde el lado de acá de la muerte,
amor de mi vida.
Pero nunca llegaré a ti.
El viejo Brahms es viejo, y está gordo.
Me he quedado dormido y me he pasado de estación.
¿Comprendes, amor mío, que nunca llegaré a tu lado
por culpa de este sueño, que es mi bálsamo y mi enemigo?
Ya nunca llegaré a tu lado.
Puede ser, amor mío, que no te amara ya,
que no te hubiese amado nunca,
que sólo hubiese amado a mi propio amor,
al amor que te tuve, Clara, amor mío.

V

(La casa)

Esta casa no es la que era.
En esta casa había antes
lagartijas, jarras, erizos,
pintores, nubes, madre selvas,
olas plegadas, amapolas,
humo de hogueras...

Esta casa
no es la que era. Fue una caja
de guitarra. Nunca se habló
de fibromas, de porvenires,
de pasados, de lejanías.
Nunca pulsó nadie el bordón

del grave acento: «nos queremos,
te quiero, me quieres, nos quieren...»
No podíamos ser solemnes,
pues qué hubieran pensado entonces
el gato, con su traje verde,
el galápagos, el ratón blanco,
el girasol acromegalia)...

Esta casa no es la que era.
Ha empezado a andar, paso a paso.
Va abandonándonos sin prisa.
Si hubiera ardidado en pompa, todos,
correríamos a salvarnos.
Pero así, nos da tiempo a todo:
a recoger cosas que ahora
advertimos que no existían;
a decirnos adiós, cortesés;
a recorrer, indiferentes,
las paredes que tosen, donde
proyectó su sombra la adelfa,
sombra y ceniza de los días..

Esta casa estuvo primero
varada en una playa. Luego,
puso proa a azules más hondos.
Cantaba la tripulación.
Nada podían contra ella
las horas y los vendavales.
Pero ahora se disuelve, como
un terrón de azúcar en agua.
Qué pensará el *gato feudal*
al saber que no tiene alma;
y los ajos, qué pensarán
el domingo los ajos, qué
pensarán el barril de orujo,
el tomillo, el cantueso, cuando
se miren al espejo y vean
su cara cubierta de arrugas.
|Qué pensarán cuando se sepan
olvidados de quienes fueron
la prueba de su juventud,
el signo de su eternidad,
el pararrayos de la muerte.

Esta casa no es la que era.
Compasivamente, en la noche,
sigue acunándonos.

CINCO CABEZAS

I

Esta cabeza ha rozado los lechos de todos los ríos. Ha rodado por los siglos de los siglos, esta cabeza rodada, canto rodado, tajada por un rayo de espada para purificarle, en Asiría, en la Europa de la Guerra de los Cien Años, en la selva amazónica. La secaron los soles del desierto, la royeron los buitres, la pulimentó la intemperie. Esta cabeza fue arrancada de un beato mozárabe, de una Danza medieval de la Muerte, obispo, rey, guerrero, siervo. La arrancó de su lugar exacto una mano del otro lado de la vida. La capturó un muerto, un ángel, alguien que la miraba y la representaba desde el lado de allá de la laguna, igual que la contemplan los muertos, los que ya son materia pura, agua de ruiseñores, cristal de brisas, lágrima de estrella, los que ven a los vivos como podredumbre y horror. Alguien la ha visto igual que la veremos cuando nos muramos, como hervor repugnante. Nos la ha representado con la amarga clarividencia del moralista que redacta, para alertarnos, una guía de descarriados. Y ahora no podemos saber si es una víctima contemplada por su verdugo; si es una víctima que se mira a sí misma en el espejo de la muerte. Esta cabeza viene rodando sobre las piedras de los ríos. Se ha ido astillando poco a poco durante el viaje interminable. Y aún le faltan muchos siglos errantes para llegar a su final, para no alcanzar nunca su final. Esta cabeza se ha cubierto de ceniza de campana, de párpados de ascua. Es una fruta mineral, aletazo de fiebre, amarillez de calavera. Todo esto no ha ocurrido nunca. No va a ocurrir nunca, porque aquí, en el lado de acá de la laguna, no existe el tiempo, no existe la piedad. Podemos contemplar con indiferencia las figuras del otro lado del espejo. Con la misma indiferencia con que vemos sufrir al morado, al rojo, al verde; con que escuchamos las risas del amarillo o del celeste. Esta cabeza ha rodado, ha rozado, los lechos de los ríos. Es una larga nota de violonchelo que dura, y dura, y dura, y nos da la impresión de una gaviota, inmóviles las alas, congelada en el aire. Una nota que se ha liberado de las cárceles del tiempo, se ha hecho espacio. Esta cabeza es sólo espacio, dolor de morado o verde, lágrima de amarillo, canto

rodado, cabeza rodada, descolorida, tajada por un rayo de espada purificadora y piadosa.

II

Esta cabeza ha saboreado licores negros, ha mordido panes amargos, frutos podridos. Esta cabeza ha lamido cantiles arañados por las uñas crujientes de las olas. El cielo ya no estaba. Las tempestades asfixiaban con sus tentáculos, liberaban sus truenos negros, flechaban con sus relámpagos. Sucedió esto en los mares de hierro en el vaivén herrumbroso donde esta cabeza agonizaba sin que jamás le llegase la muerte definitiva. La madera de la embarcación sonaba a huesos aplastados por el oleaje de bronce. Esta cabeza ha sido suspendida por una soga del palo mayor. Es la cabeza que vivía pendiente del grillo embarcado en la costa española, y al que pedía que cantase, que le atrajese un poco de la respiración de las playas. Pero el grillo no cantaba. Las estrellas bajaban al crepúsculo a dar miga de pan mojada en vino al grillo silencioso. Y aquella gota de noche cristalizada seguía sin cantar. Pero lo hizo cuando llegó hasta él la tibieza del litoral. Y con el canto del grillo recordó toda la marinería. Pero esta cabeza, pendiente de una soga de pus, no pedía sonreír, aunque oyese la mágica música de élitros. Esta cabeza, que había comido espinas, arena, óxidos, ceniza, desgarrada por zarzas y cardos, hediendo podredumbre, no podía sonreír. Vio, abajo, sus propios brazos soldados al remo. Escuchaba su jadeo, se dolía del latigazo rojo del cómitre. Esta cabeza sufriente saboreó elixires que el aire transportaba en sus dedos transparentes. Saboreó la sal que el mar doraba con sus llamaradas verdes, con sus cárdenos fuegos fatuos. Otra vez el sabor de la vida, como en las cárceles de Su Majestad, como en la selva de reptiles y ciénagas, como en las cumbres, ataviadas de cotas de nieves, de volcanes domados. Al fin, todos se fueron, abandonaron el navío silencioso, hervidero de insectos de oro, catedral de la desolación. Se fueron dejando huellas en la brisa. Un tambor, un yunque, un mosquete —quién sabe qué— medía con sus campanadas, paulatinamente adelgazadas, silenciosas hasta el terciopelo, la reverberación del sol poniente. Y esta cabeza se reclinó en el regazo de la sombra, saboreó su vida, lamió sus llagas, ya sin fuerzas para volver a comenzar, desde los corales que se alzaban marchitándose a la luna, desde la helada habitación verde salpicada de diamantes.

III

Esta cabeza ha oído historias maravillosas, como la de los porqueros que deshincharon sus cerdos, los plancharon, los plegaron, los colocaron ordenadamente en sus zurrones, y montados en pequeñas nubes grises cabalgaron hacia Occidente esquivando olas, esquivando estrellas, y durante el viaje las nubes fueron tomando

forma de caballos sin patas. Al llegar, hicieron patas para sus caballos de la madera de unos árboles que jamás habían visto hasta entonces. Luego volvieron a hinchar sus cerdos, caminaron atravesando ríos, y llegaron a una ciudad cuyas casas eran de oro y de plata. Allí vendieron sus pías y casaron con las hijas de los reyes. Esta cabeza ha oído historias maravillosas. Como la del pescador que planta un ciprés cuando nace una hija y lo cortan cuando se casa para que sirva de mástil de la embarcación en la que se irá con su marido. Historias maravillosas como la del que se propuso asesinar al rey de un país lejano, y cabalgó bajo el sol y la luna, y un día halló a otro jinete que llevaba el mismo rumbo, y compartieron los alimentos, y conversaron bajo el sol y la luna, pero el malhechor no habló de la razón de su viaje hasta que llegaron a las puertas de la ciudad en que el rey tenía su palacio, y entonces dijo: «Amigo, no es conveniente que te vean conmigo; vengo a matar al rey de este país y, si me cogen, te ahorcarían también a ti, considerándote mi cómplice.» Y entonces, su amigo inclinó la cabeza y dijo: «Cumple tu propósito, pues yo soy el rey.» Y el malhechor abrazó al rey, que ya era su amigo, y regresó a su país. Esta cabeza recuerda historias maravillosas. Hay otras historias que la han ido tallando lentamente. Están escritas sobre su piel, pero no las recuerda. Como la de los niños que entraban en unos recintos para ser duchados con gas. Como la del preso, en aquella cárcel de diciembre glacial, enfermo de fiebre, con el que sus compañeros dormían por turno para librarse del frío. Como la del que... como la del que... como la del que... Esta cabeza ha oído historias maravillosas e historias estremecedoras. Historias estremecedoras que han modelado horriblemente su rostro, pero que no recuerda. Sólo recuerda las historias maravillosas. Son las que le permiten seguir viviendo todavía.

IV

Esta cabeza ha visto, ha sido, sol de piedra rojiza, luna amarilla de agua sobre la tapia de cal, de adobe. Ha visto candiles de aceite que buscaban en la noche la moneda perdida por los rincones, la última moneda de cobre. Ha visto los niños de la anemia, los cardos, las espinas, los alacranes de septiembre en Torre de Miguel Sesmero, los galeones de la trilla, los vareadores del aceite, los serones del vino, las cabras del erial. Esta cabeza ha visto guerras y guerripaces, clavos, garfios, sogas de sangre, ha estado acosada de chumberas, de higueras y de pitas (cómo queréis que sea mañanicas floridas, gitanicos que vienen con la varita en la mano, cómo queréis, esta cabeza de leña, de corteza, de hueso que se desnudó sufriendo), esta cabeza estoqueada en la plaza de toros, en la plaza mayor, plaza de pana, de pan, tomate, navaja, agonía y esparto. Ha sido, esta cabeza ha sido, dentadura mellada, quijada de marfil amarillo en el zaguán del hambre, el odio, la pena, la desolación. Ha visto reatas de amaneceres con escarcha, collares de mediodías de zumbido, cadenas de noches con su diosa peluda y herrumbrosa cabalgando el heráldico gorrino de cerdas negras. Por la penumbra azul de la pitarra, con el costado herido, el río

transcurría desangrándose, el padre río con arrugas en la frente, con sus brazos de fango que acunaban a los muertos. Ha visto, pardo y negro, el parpadeo de la tormenta. Pardo y negro, duro, todo barro cocido, harapos de barro botijo, tinaja, lebrillo, barro mendigo de la lumbré, barro de la espadaña con su cigüeña de ceniza, sus estrellas de hierro, sus lágrimas de hiel, huérfanas de los ojos que fueron su origen. Esta cabeza ha sido tallada por los días y las estaciones hasta su forma definitiva de máscara de cáñamo. Ha regresado del exilio del espanto, prendida a sus pies la sombra del espanto, inseparable compañera. Esta cabeza, lazara clavada a su podredumbre, oficia su rito de cuero, su ceremonia de llama negra; es una ceremonia inventada cada vez, porque esta cabeza no recuerda, no proyecta; vive en una mazmorra que está fuera del tiempo, y allí espera, allí espera otra nada. Esta cabeza ha visto, y ya no ve; ha visto y ya no quiere ver tanto camposanto de astillas de guitarra.

V

Esta cabeza ha olido sangre. Hace tiempo de eso. Y aún puede cerrar los ojos, dormir, dormir, no oler la sangre. Puede dormir sin que la sangre hecha cristales le saje los ojos. Hace ya tiempo de eso, con viento helado, bajo los astros lúgubres. Puede dormir. El viento entre las cañas, el grillo, la chicharra, no le dejan oír los gritos de terror, de desesperación, de desafío. Cuando se mira las manos de pólvora y de sangre no verá en ellas negro y ocre, pardo y oro, huellas de dientes que se adentran en el túnel. Esta cabeza no huele sangre, sino caramelo, merengue, chocolate del nietecillo, cara de pájaro pícaro, que ha llegado volando a que le cuente una vez más lo de las hadas y los príncipes, lo de los peces y los dragones. Esta cabeza ha olido pólvora y sudor muy frío. Caían uno tras otro, vestidos de escarcha y estertor, blasfemia, llanto, miedo. Y esta cabeza no dejaba de oler sobre la nuca húmeda, y funcionariamente disparaba sin siquiera cerrar los ojos. Ya no huele aquellas madrugadas junto a la tapia blanca y lívida del alba. Hace tiempo de eso. Tanto que cuando cierra los ojos esta cabeza de granito, de harapo y surco, de ojos cautivos en las telarañas de la vejez, puede dormir. Acaricia la mano del nieto, y esa tibieza le regresa al cereal, a la moza, a la cabra, no a la culata de madera, al acero. Esta cabeza está multiplicada en cientos, miles de ojos turbios, ojos de agua estancada, de nube. No sabe que en unos ojos ha quedado grabada para la eternidad. Esta cabeza, grabada para siempre, congelada en unas pupilas empañadas. Fija allí, esta cabeza, como una pisada sobre el barro. Aquellos ojos se han disuelto para siempre. La lluvia los lleva en sus alas hasta el reino de las raíces. Y aún siguen descendiendo hacia lo oscuro silencioso. Continúan hundiéndose en la negra marea, tintineando como campanas de musgo, como élitros de espanto. Continúan mirando, tratando de precisar los rasgos de esta cabeza que vieron en la sombra. Y esta cabeza va haciéndose, con el tiempo, más precisa, más nítida. Empieza ya a ser nebulosa. Se solidifica, se perfila, hasta ser el de entonces, el de aquel tiempo. Porque ha pasado mucho tiempo,

suficiente para olvidar aquel olor de sangre, aquel olor de horror.
Suficiente para que esta cabeza pueda cerrar sus ojos, dormir, dormir.
Corroborando que Dios es su beleño.

CABOTAJE

Junio se acerca, paso a paso de oro.
Llama con su aldabón de lluvia cálida.
Alguien deja en la mesa la copa de aguardiente
y la sombra de una manzana.
Pero no hay mano que la tome,
cuchillo que la parta para encontrarle dentro
una ventana abierta sobre aquel otro puerto,
sobre las calles de piedras azules,
sobre los cuerpos próximos,
sobre lo irrepetible e imposible.

¿Dónde estará la mano, la gaviota
que llegaba volando sobre el mar,
la boca con su zumo de quenepa,
las ojeras felices
que devolvían la felicidad?

El aguardiente tiene sabor a lágrima,
a sonrisa oxidada por la lejanía.
La manzana de sombra se disuelve
en la sombra del puerto —¿éste, aquél?, ¡quién lo sabe!
El aguardiente tiene sabor a nunca más

(Pasajes)

Vienen de San Lúcar, rompiendo el un agua
que no sabe si es mar o río,
si delfines azules que alguien vio un día
escondido en el cálido fanal materno.

He aquí un país de plata, de ala de brisa
de escamas del violeta que inventa el lirio
de calima, de vaho, ráfaga, ausencia,
de espectros que navegan a la deriva

Pronuncia aquí el silencio sílabas de humo.

Esto que ven los ojos es el reflejo,
en un espejo, de algo que aún no ha nacido,
un hervor sin materia donde instalarse

Vienen de San Lúcar, rompiendo el agua,
a la Torre del Oro, barcos de plata.

(Sevilla)

A estas aguas le dieron su color
el óxido y la sangre.
La ría de Bilbao (léase el testimonio
de don José del Río Sainz,
«Pick», poeta del mar)
es dinamismo y es prosperidad,
humo, estrépito, hierro. (Y también muerte,
sudor y sufrimiento.)

Te veo pasar, ría,
bello tu rostro de aguas arrugadas,
demacrado y ennoblecido
por los trabajos y los días,
e intento adivinar cómo serías
antes de que los hombres
depositaran sobre tu piel
fresca la lepra de sus almas.

(Ría de Bilbao)

Algo ha ocurrido, o va a ocurrir muy pronto,
o está ocurriendo en este mismo instante.
(Sólo las olas saben el secreto,
sólo las olas,

y lo proclaman con sus arpas blancas,
con sus erguidos cánticos salobres,
silabeando con sus esmeraldas:
celeste enigma.)

Arden las ascuas de la amanecida,
incendian las amarras del navío,
carne de llama congelada, piedra
parpadeante,

catedral que navega hacia otro tiempo,
hacia otro cielo, hacia otro reino extraño:
Se inclina sobre el agua, se contempla:
sueña que existe.

(Palma de Mallorca)

*«En otro cielo,
en otro reino extraño...»*

Lope de Vega

El hombre se ha asomado al agua
inmóvil de la atardecida.
Bajo los cascos se hacen trizas
el rojo, el verde, el amarillo.
Son chispazos, harapos: visten
la carne turbia de la mar.
El hombre ha empapado una sombra
en el corazón del poniente:
cubren con ella el mundo. El aire
se convierte en vidrio de olvido.
Aquellos hombres que tejían
primorosas redes de araña,
las mujeres que descendían
por rampas y por escaleras,
se han disuelto en la luz de cobre.
La realidad zarpa hacia islas
imposibles y luminosas
y deja aquí su seca máscara.

El hombre se aleja del agua
mojado de melancolía.

(Puerto de Gijón)

Índice

JOSÉ HIERRO.....	2
PROLOGO.....	5
BIBLIOGRAFÍA.....	13
De Tierra sin nosotros.....	15
De Alegría.....	27
De Con las piedras, con el viento.....	39
De Quinta del 42.....	50
De Cuanto sé de mí.....	67
De Libro de las alucinaciones.....	84
Otros poemas.....	110
POEMAS DE AGENDA.....	111
CINCO CABEZAS.....	116
CABOTAJE.....	121
Índice.....	124